

## ENCUESTA SOBRE HISTORIA DE LAS IDEAS PRESENTACION

"...historia de las ideas, disciplina de escasa tradición y muy imprecisos contornos".

José Luis Romero.(1)

La cita puntualiza muy bien la peculiaridad del objeto en cuestión. Como se sabe, originariamente las denominadas historia de las ideas, historia intelectual o historia de las mentalidades...eran campos específicos que delimitaban nítidamente su territorialidad. No obstante, más tarde empezaron a influirse unas a otras, a tomar en préstamo desde estrategias interpretativas hasta ciertos núcleos temáticos, es decir, que "con el tiempo y la práctica se han ido desdibujando los límites inicialmente propuestos".(2)

Ahora bien, por qué hacer una encuesta sobre historia de las ideas? Para empezar, recordemos que este género cuenta con una tradición por demás de significativa en nuestro país. Podríamos traer aquí a colación la encuesta realizada por la revista *Nosotros* (1913) referida al significado del *Martín Fierro*, o la que produjo Adolfo Prieto (1963) sobre la crítica literaria argentina como dos casos verdaderamente emblemáticos. La presente tiene la particularidad de partir de un objeto, la historia de las ideas, que hasta hoy no ha frecuentado este tipo de género. Volviendo a las palabras iniciales de esta presentación, nos preguntamos si el paisaje intelectual que describe Romero se ha modificado o no en estos últimos tres lustros. Pensamos que el hecho de reunir un número considerable de investigadores, constituye un índice de la relevancia que reviste actualmente este campo de estudio. Quizás el objetivo íntimo sea mostrar que esta *nena boba* de la historia o de la filosofía, ha adquirido una importancia que ya no es posible desconocer.

El cuestionario fue pensado a partir de otro de nuestros objetivos: crear fuentes documentales para una futura historia intelectual de un fragmento del campo en estos años '90. Como se podrá apreciar en este dossier, las respuestas que hemos recogido registran el itinerario personal de cada uno de nuestros encuestados, pero además ofrecen datos sobre la vida académica y cultural de las últimas décadas, como así también su reflexión sobre la historia de las ideas, entre otras cuestiones. Debemos señalar, antes de seguir avanzando, que las preguntas fueron formuladas luego de

una provechosa discusión con el profesor Carlos Altamirano, a quien agradecemos su colaboración en esa instancia del trabajo.

Por otra parte, aclaremos que no participan todos los historiadores de las ideas del país, porque no era nuestro propósito emprender tal relevamiento. En todo caso nuestro objetivo era menos ambicioso, ofrecer un breve panorama a través de un número acotado de investigadores, de cómo se la practica hoy. A partir de este presupuesto optamos por la participación de varias familias intelectuales que dieran cuenta de la diversidad de modos de hacerla: se la practica desde disciplinas distintas (historia, literatura, filosofía, psicología, derecho etc.), desde universos conceptuales diferentes, como así también desde ámbitos o grupos disimiles.

Una vez dicho esto, sinteticemos también las pautas de nuestra selección. Primero convocamos a los intelectuales que se dedicaron siempre a la historia en cuestión; después incorporamos a los historiadores que han frecuentado los distintos campos de la historia y entre ellos el de las ideas; y por último invitamos a todos aquellos que estarían en un espacio que podemos denominar fronterizo.

Como se suele decir en estos casos, también aquí el presente dossier es una primera etapa de un proyecto mayor. Actualmente estamos abocados a la preparación de un libro dividido en dos secciones. La primera parte se compondría con la encuesta que presentamos aquí (que se completará en el próximo número de la revista), realizada por autores ya consagrados; y la segunda, contaría con la participación de jóvenes investigadores, quienes contestaron un cuestionario distinto.

Finalmente, no quisiéramos dejar de agradecer a todos los intelectuales que han colaborado en nuestro proyecto, como así también el espacio que nos ha ofrecido *Estudios Sociales*; especialmente, los profesores Darío Macor y Susana Piazzesi quienes nos han apoyado desde un comienzo en la realización del presente trabajo.

Alejandro y Fabián Herrero

## NOTAS

- (1) ROMERO, J.L., *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, FCE, México, 1965.
- (2) SABATO, H., "La historia intelectual y sus límites", en *Punto de Vista*, año IX, Nº 28, Buenos Aires, noviembre, 1986, pág. 28. En este estimulante estado de la cuestión sobre la historia intelectual, la autora explica los contornos móviles o pocos claros que tiene esta disciplina, analizando ese excelente libro de Robert Damton, *La gran matanza de gatos. Y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Para una visión global de la situación de esta disciplina -su historia, crisis, debates y transformaciones-, tanto en Estados Unidos como en Europa, ver Robert Damton, "Historia intelectual y cultural" en *Historias*, Nº 19, México, 1988. Y para el caso francés el artículo de Roger Chartier, "Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas", en Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Gedisa, España, 1992.

## NATALIO R. BOTANA

Doctor en Ciencia Política, Universidad de Lovaina. Es autor de: *La légitimité problème politique* (1968); *El orden conservador* (1977); *La tradición republicana* (1984); *La libertad política y su historia* (1991) y, en colaboración con R. Braun y C. Floria, *El régimen militar 1966-1973* (1973).

1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*
2. *Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?*
3. *Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?*
4. *Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?*
5. *Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?*
6. *Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?*
7. *Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?*

Mi formación intelectual me ha ubicado en la frontera de varias disciplinas. Educado en Europa en ciencia política, recorrí, paralelamente, el vasto campo del conocimiento histórico. Estas perspectivas me han permitido bucear una tradición del pensamiento clásico que, por situar fechas y autores con alguna arbitrariedad poco atenta al matiz, arranca en el siglo XVIII con la obra de Montesquieu, prosigue en el ochocientos con Tocqueville y culmina en nuestro tiempo con Max Weber y Raymond Aron. (Preguntas N° 1, 2 y 3)

Podría añadir más nombres, pero creo que estas cuatro estaciones, en la larga empresa del conocimiento político, marcan con claridad mi propósito e intencionalidad. En ellos, efectivamente, el diálogo entre historia y teoría política rotura un camino de doble vía en el cual la teoría se vale de la historia como método de control y refutación y ésta, a su vez, recurre a los hallazgos de aquella para alumbrar y dar consistencia a los hechos del pasado. Antes de escribir *Del espíritu de las leyes*, Montesquieu exploró la grandeza y decadencia de los romanos y luego de publicada *De la democracia en América*, en sus últimos años, Tocqueville publicó el primer volumen de una obra trunca sobre *El antiguo régimen y la revolución*. (Preguntas N° 4 y 7)

Lo dicho me parece suficiente para exponer en qué tradición intelectual abrevan

mis libros con un añadido importante. Desde el punto de vista de una historia de la teoría política (tal cual, por ejemplo, la puede proponer un curso introductorio de ciencia política), lo que se impone por propia gravitación son los grandes textos que actúan en la historia como fuente de explicación y paradigmas cognoscitivos. Desde el punto de vista de la historia de las ideas, en cambio, esos paradigmas no sólo emergen como resultado de circunstancias previas o concomitantes, sino también se transforman, mediante innumerables procesos marcados por designios e imprevisibilidad, en principios de legitimidad y estructuras institucionales. Por consiguiente, tan significativos son para la historia de las ideas políticas las grandes obras como los difusores y divulgadores que expanden un pensamiento y lo justifican o enmascaran. (Pregunta Nº 5)

En el caso de las ideas políticas y económicas en el siglo XIX, por ejemplo, ese engarce ha generado itinerarios diversos. Alguien podría hablar en un rincón apartado como la Argentina de aquel entonces, de influencias smithianas o hegelianas, aunque parece difícil reconocer esos paradigmas sin subrayar el papel de quienes los traducen en lenguajes accesibles como Jean Baptiste Say con respecto a Juan Bautista Alberdi, o Víctor Cousin en relación con el Sarmiento del *Facundo*. La conversión de las ideas en lenguajes y de estos en acción y el modo como ambas esferas se influyen y condicionan, constituyen uno de los temas más apasionantes del debate actual en torno a la historia de las ideas políticas. (Pregunta Nº 6)

En cierta medida, este enfoque me permitió trazar una pista de entendimiento que comenzó con *El orden conservador* y prosiguió luego con *La tradición republicana* y *La libertad política y su historia*. Pero me pregunto si ello hubiese sido posible de no mediar un entrenamiento sistemático en ciencia política. He evocado más arriba las palabras principio de legitimidad (que pertenecen a un viejo y algo atrabiliario historiador italiano llamado Guglielmo Ferrero) y no tengo ahora mayores dudas, a la vuelta de treinta años de experiencia, de que dicho concepto, analizado en mi tesis de 1968 *La légitimité problème politique*, impregna la averiguación histórica emprendida en los tres libros siguientes. Ignoro si estos son rasgos importantes, dignos de ser destacados en un historiador de las ideas políticas. Reconozco, sin embargo, que no tengo más que mostrar. (Pregunta Nº 5)

Obviamente, la discusión constante con colegas y alumnos configura el *humus* natural para llevar adelante esta tarea, a lo cual sumaría, para redondear esta encuesta, la exigencia que se le plantea al historiador de las ideas de narrar la trayectoria de esos objetos del conocimiento anclados en el pasado y de armar el relato del viaje, como quería Sarmiento, de unos fragmentos del pensamiento humano entre culturas y espacios distantes. (Pregunta Nº 4)

## JOSE EMILIO BURUCUA

Doctor en Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires. Realizó estudios de Historia del Arte y de Historia de las Ciencias en las Universidades de Buenos Aires y Florencia. Profesor Titular de Historia Moderna en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y vicedecano de esa unidad académica. Es autor de ensayos sobre el significado de la perspectiva artística en las civilizaciones del Renacimiento y del Barroco, sobre el papel del arte en la formación de las identidades sociales latinoamericanas y sobre cuestiones iconográficas en el contexto de la cultura colonial andina. Recientemente ha publicado *Sabios y Marmitones. Una aproximación al problema de la modernidad clásica* (1993).

### 1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*

Si entiendo por tal cosa los años en que fui alumno en mayor medida que docente, he de distinguir por lo menos tres épocas en las que el aprendizaje modeló de manera siempre distinta mis *formae mentis*: los años '60, con un gran punto de inflexión en el '66, mientras era alumno del Colegio Nacional de Buenos Aires y de la Facultad de Filosofía y Letras; el período aluvional del '71 al '74, en que me desempeñaba ya como ayudante de cátedra de la Facultad; los años de permanencia en Europa, entre el '79 y el '81, cuando preparé mi tesis doctoral sobre el modelo galileano y su relación con la experiencia de los artistas del Renacimiento. Los '60 estuvieron mucho más marcados para mí por la esperanza y las frustraciones del modelo constitucional en la sociedad argentina que por cualquier debate o problemática derivada de las visiones y posturas de la izquierda. Yo había vivido en Francia durante mi primerísima adolescencia y deseaba para mi país una libertad y una organización "a la europea", sin autoritarismos militares, populistas ni revolucionarios. Por eso, la caída de Illia significó un golpe muy duro, que me condujo a replegarme en los estudios sin participar en los debates del movimiento estudiantil previos al estallido de los primeros '70. Puedo decir que, por entonces, la obra de Romero se me aparecía como una realización magistral. Desde extremos opuestos del espectro político-histórico, me apasionaban Huizinga y Antal o el Hauser de *El Manierismo* en el campo de la historia cultural. La segunda época de mi formación estuvo transida por la necesidad de justificar todo cuanto pensaba y hacía, ya en el plano de una incipiente y muy pedante obra de creación intelectual, desde el plano de aquella antinomia de la "Liberación o dependencia", que terminó siéndome aborrecible por la presión totalitaria y simplificadora que ejercía sobre los jóvenes intelectuales. Por suerte, no fueron Hernández Arregui ni Jorge A. Ramos mis guías en aquel entonces, sino el Marx de los años '40 y del libro I de *El Capital*, Marcuse, el Hadjinicolau de la "historia del arte como lucha de clases" y, aunque parezca paradójico, el Castellan de los ensayos sobre el valdesianismo y la cosmoantropología

del Renacimiento. A todo esto, Schenone me iniciaba en los deslumbramientos de la iconografía. Los dos últimos nunca dejaron de ser mis maestros a partir de los '70. La tercera época que señalé corresponde a los tiempos de plomo de la dictadura, pasados en buena parte fuera del país, en Italia, donde preparé mi tesis doctoral bajo la dirección del historiador de la ciencia, Paolo Rossi (autor del célebre *Los filósofos y las máquinas*), y de un historiador del arte, Carlo Del Bravo, entusiasta del método Warburgiano. Nada de lo hecho en aquella ocasión podía dejar de tener el sello de un desgarramiento personal, de una desesperación sólo contenida por la compañía de mi mujer y de mis hijos durante la *peregrinatio philosophica* europea (y lamento tener que dar pie a una confesión de esta naturaleza, pero así fueron realmente las cosas: mi vida intelectual ha estado siempre entretrejida con la experiencia cotidiana y sólo la presencia de los niños, en aquel período colectivamente trágico, fue una rara señal de que estudiar, pensar y escribir valían la pena todavía).

2. *Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?*

Por supuesto que sí; soy un mero epígono de quienes he aprendido. Mis contribuciones a la historia del arte se inscriben en la tradición de los estudios iconográficos que, en la Argentina, han realizado Adolfo Ribera y sobre todo Héctor Schenone. Merced a Del Bravo y, más tarde, gracias a mis contactos con Héctor Ciochini, a quien he de referirme en el punto 3, puedo decir que la historia de las imágenes que he intentado hacer es tributaria de los métodos y de la epistemología cultivados por Aby Warburg y los historiadores de la "escuela" formada en el Instituto londinense que lleva el nombre de ese sabio alemán. En cuanto a mi trabajo como modernista, difícilmente separable de mis investigaciones sobre el arte, me siento partícipe de la corriente culturalista que inició Romero en la Universidad de Buenos Aires, que desarrollaron luego Arocena y principalmente Angel Castellan en el área específica de la historia de la modernidad clásica europea. Castellan y mi propia estancia en Italia me introdujeron, con una convicción y un entusiasmo que no disminuyen al paso de los años, en la tradición historiográfica italiana. La obra de Carlo Ginzburg es hoy un punto de referencia en torno al cual me complazco en hacer girar mi propia producción.

3. *Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?*

Creo que la primera pregunta ha sido respondida en el punto 1. En cuanto a la segunda, quizás sea posible contestarla volviendo a las figuras que reconozco como maestros y con quienes mantuve un contacto personal y directo a lo largo de los años. Lamentablemente, a José Luis Romero sólo lo conocí a través de sus libros, sin que pudiera asistir más que a una sola de sus clases en la Facultad, en la cual recuerdo

que Romero habló sobre los normandos en el Mediterráneo y la simbiosis cultural en el Mezzogiorno de los siglos XII y XIII. A los libros suyos que dejaron una huella profunda en mi modo de acercarme a la historia, habré de referirme en el punto 7. Desde 1968, entre tanto, las clases de Castellan, en los cursos de Historia Moderna y de Historiografía o bien en sus seminarios, fueron siempre lecciones de cómo encarar directamente textos originales de los que nos separan varios siglos, es decir, lecciones de una filología histórica que no desdeña una primera aproximación "ingenua", casi despojada de los *topoi* clásicos de la bibliografía, libre (en la medida de lo posible) de lo que el propio Castellan ha llamado "lecturas prestigiosas". Pero se trata también, en segunda instancia, de un análisis semántico, palabra por palabra en algunos pasajes, que implica un buen conocimiento de la lengua original del texto y de la literatura contemporánea. De modo que la operación filológica deriva, por último, en el descubrimiento de "ideas" que deben de considerarse hipotéticas hasta tanto la compulsas con la bibliografía (aquí reaparece la erudición tradicional del historiador *Scholarly* y el famoso "estado de la cuestión") no muestra que tales "ideas" resultan coherentes, o al menos discutibles, frente a las descubiertas por otros colegas.

Algo semejante respecto de las imágenes fue cuanto he aprendido de Héctor Schenone: mirar primero la estructura visual de la representación, compararla con la iconografía anterior y posterior, trazar las filiaciones posibles, reconstruir paso a paso la difusión arborescente de la imagen de que se trate en el tiempo y en el espacio, y sólo entonces estudiarla como un "vector de ideas", como parte de una realidad dialógica que involucra a las sociedades y a los hombres por entero.

Por fin, a comienzos de los '80, conocí a Héctor Ciocchini y me incorporé al grupo de estudios sobre la tradición clásica que él reunía los lunes por la tarde en su increíble biblioteca, con una generosidad y una valentía infrecuentes durante los años oscuros del gobierno militar. Como ocurrió con otros grupos intelectuales, el entusiasmo y los compromisos de reconstrucción de la vida pública en los primeros tiempos de Alfonsín espaciaron cada vez más las reuniones hasta su extinción, sin embargo, algo de aquellos conciliábulos pervivió en un nuevo grupo donde confraternizamos historiadores de las ideas e historiadores del arte, "antiguos y modernos", *seniors* y *juniors*, mujeres intelectuales (con un interés a menudo peculiar, casi feminista, por ciertos temas) y desconcertados varones, poetas y científicos sociales, contradicciones todas que nos llevaron a apodarnos "el grupo Hermáthena" (Hermes + Atenea), tal vez porque no tuvimos agallas suficientes para llamarnos hermafroditas. La obra colectiva de creación se limitó a una exposición sobre la iconografía de la imaginación científica en la Biblioteca Nacional (1987) y a otra muestra sobre libros y representaciones de la Revolución Francesa (1989); de ambos emprendimientos quedaron sendos *opuscula*. Pero todos quienes participamos de Hermáthena, sentimos el influjo de sus ambigüedades en nuestro trabajo individual y hasta es posible que buena parte de la labor de varios becarios de la UBA y del CONICET (Laura Malosetti, Andrea Jáuregui, Lía Munilla, Gabriela Siracusano, Omar Bagnoli, Roberto Amigo,

Mariano Rodríguez O.) que tuvieron relaciones con el grupo, sea tributaria de esas mismas oposiciones. Ciocchini, por supuesto, siguió siendo la figura central, la que integró todas nuestras preocupaciones intelectuales en el haz de la tradición Warburgiana.

En lo que a mí se refiere, él ha significado una apertura hacia el horizonte insospechado de un pensamiento clásico en la Argentina, representado por Fatone y su reflexión religiosa itinerante, por Arturo Marasso y su afán de reencontrar a Grecia en la literatura castellana, por Martínez Estrada y su construcción del mito de la Patria, autores todos a los que conocí de verdad a través de la lupa filosófica de Ciocchini. Héctor me transmitió además su entusiasmo por la obra de Dame Frances A. Yates, investigadora del Warburg; me hizo notar que todos nosotros compartíamos un sentimiento idéntico de asombro al comprobar la perduración secular de las ideas, las creaciones aparentemente más frágiles de los hombres, contra la desintegración inexorable de los sólidos sistemas de poder, contra las metamorfosis radicales del paisaje, si bien percibíamos, a la manera de Italo Calvino, que las ciudades podían conservar en su trama concreta la superposición contumaz del trabajo humano de milenios, precisamente en cuanto ellas encerraban los rastros materiales de los proyectos y de las "ideas" de las sociabilidades urbanas que habían sido puestas en juego, en cada sitio, a lo largo del tiempo. Pero, por medio de su propia obra, Ciocchini también me colocó frente a la disyuntiva aristotélica entre la historia y la poesía y, a pesar de su convincente pronunciamiento en favor de la segunda, hizo que yo recuperase mi vieja opción por la primera. Pues paradójicamente advertí que la poesía de Ciocchini sería, sin la historia, un deslumbramiento críptico. La historia me ha permitido gozar de esa poesía en un sentido más profundo, con una lucidez inusitada, ya que, merced a sus versos, la historia ha resplandecido en una determinada transparencia, puede dejar de ser el "cuento contado por un loco" para convertirse en el *epos* racional del dolor humano.

4. *Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?*

Me resulta extremadamente difícil explicar mi *modus operandi*. Supongo que está muy vinculado a mis clases en la materia de grado, donde despuntan las primeras preguntas a partir del esfuerzo por ordenar mis pensamientos para transmitirlos a los alumnos. Esos interrogantes suelen ser luego el motivo de indagaciones y lecturas que, de nuevo, trato de volcar en seminarios de grado o de posgrado (nunca me he atrevido a dictar seminarios doctorales en la UBA y creo que aún no estoy en condiciones de asumir la organización de tan compleja actividad). He de decir, sin ninguna intención demagógica, que no me es posible exagerar la deuda de aprendizaje que mantengo con los alumnos, gracias a quienes no sólo he cultivado dudas nuevas y he recibido incitaciones para la búsqueda, sino que he

conocido autores y libros fuera de mis perspectivas habituales. No hay año que pase que no me tope con mentes abiertas, inquisitivas y generosas entre los jóvenes, quienes a menudo esperan de mí, *qua professor*, cosas que se encuentran mucho más allá de mi saber y de mi inteligencia. De cualquier manera, la necesidad que tengo de escribir mis clases por adelantado, para paliar mi titubeante capacidad de expresión y para cumplir con el ideal de los fundadores de *Annales* (según lo que aprendí de Fernando Devoto en una ocasión en que escuché una clase suya sobre las costumbres historiográficas de Lucien Febvre), me permite disponer, al terminar un curso, de una suerte de manuscrito embrionario sobre el que inicio un trabajo muy largo de intercalaciones, cambios, réplicas y respuestas. Es raro que ese manuscrito de elaboración sea leído por nadie antes de que yo lo juzgue más o menos completo. Lo que sí hago, mientras lo interpolo y reescribo, es discutir mis interpretaciones de las fuentes y las "ideas" descubiertas con otros colegas. En cuanto a las lecturas durante la redacción de un determinado trabajo, no desdeño incorporar bibliografía nueva y específica en esa etapa, pero prefiero leer "por adelantado" obras a las cuales vislumbro relacionadas con temas futuros de investigación, que están naturalmente ligados a o que son consecuencia de los resultados de la redacción en curso. Y ha sido siempre muy interesante comprobar que las anticipaciones han echado una luz reveladora sobre el campo inmediato en el que me hallaba fatigando.

##### 5. Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?

En primer lugar, poseer una cultura libresca y estética lo más rica posible, enraizada en un buen conocimiento de los "clásicos" de su área de mayor interés. Por ejemplo, si ésta es la literatura o el arte, desde Diderot y Shaftesbury hasta Benjamin, ha de saber frecuentar con soltura a los autores que más pesaron en una definición de la crítica estética como disciplina reflexiva y dialógica. Habría que discutir tal vez, para cada horizonte distinto, series que abarcarían desde Macchiavelli y Hobbes hasta Weber y Durkheim en los casos de la política o de la sociología, desde Hume y Smith hasta Keynes en el caso de la economía, y así siguiendo.

Segundo, conocer los problemas de la cultura contemporánea y participar en alguno de sus debates, sea por la *voie royale* de la política, por la vía del arte, del teatro o del cine, o por infinidad de otras posibles.

Tercero, centrarse en limitadas "ideas" para su trabajo de descubrimiento y escritura e intentar agruparlas en una constelación coherente, de manera que otros investigadores podamos percibir sus obsesiones intelectuales, sus métodos, y aprender de ellos. Pero estos rasgos, a decir verdad, no diferenciarían demasiado al historiador de las ideas de cualquier historiador a secas. Sin embargo, quien estudia específicamente el mundo eidético habrá de empeñarse en conocer muy bien la historia de las estructuras materiales, de los conflictos sociales y de la *praxis* política concreta, para no correr el riesgo de "caminar en el vacío", como dice Ruggiero

Romano. Parecería que aquél tiene necesidad de los mundos materiales en mayor medida que sus colegas dedicados a la historia de la economía y de la sociedad en su faz fenoménica la tienen de la historia de las ideas. O por lo menos así es mejor que lo creamos este tipo de historiadores a fin de aventar la posibilidad de un intelectualismo asfixiante.

Por último, a guisa de quinto rasgo, nuestro hombre habrá de tener conciencia de que su tarea puede transformarse en algo peligroso. Me explico: casi todas las sociedades hasta el siglo XVIII han regulado de una u otra manera las relaciones entre los vivos y los muertos por medio de las variantes y metamorfosis de la función chamánica. La sociedad industrial sería quizás la única de la historia que tiende a abolir cualquier noción de un lugar para los muertos y, por ende, que reduce la función chamánica hasta limitarla al ejercicio cuasi sacerdotal del orden médico. No obstante, el historiador de las ideas vendría a cumplir finalmente el papel mántico de los chamanes, pues tendría la intención y la capacidad de volver a dotar a los muertos de una palabra y de un pensamiento vivos. Su ciencia sería, por lo tanto, una especie de necromancia racional no exenta de asechanzas. Baste para ejemplo de ello la fortuna historiográfica de un personaje como Federico el Grande y de su perfil intelectual entre 1930 y 1970, cuestiones instrumentadas por los totalitarismos opuestos que se abatieron sobre Alemania (cf. biografías del rey prusiano por Berney, 1934, Ritter, 1954, y Mittenzwei, 1980).

*6. Cuáles, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?*

Desde mediados de los '70, la historia de las ideas ha conocido un indiscutible renacimiento, al socaire del auge de la llamada historia de las mentalidades (con la cual no deberíamos de confundirla) y del nuevo interés por los estudios sobre la cultura popular. Precisamente de estos lazos con la antropología y con una historia "vista desde abajo", la historiografía de las ideas extrae, a mi juicio, sus nudos temáticos más fructíferos y más polémicos. Porque de esa intersección con lo popular se desprenden las grandes preguntas acerca de los lugares sociales de la creación eidética, de la circulación de las ideas y de las condiciones mismas de la posibilidad de comunicación entre los hombres: comunicación sincrónica y más allá de los determinantes materiales de la clase y de la distancia en el espacio, diacrónica y más allá de las alteridades que impone la distancia en el tiempo. ¿Existen, cuáles y cómo son aquellas condiciones? He ahí el tema en debate que pone en duda la propia legitimidad y los límites de una historiografía de las ideas.

*7. Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?*

Una buena respuesta a esta pregunta implicaría escribir un apéndice bibliográ-

fico como el de Eric Wolf en su *Europa y la gente sin historia*. Por ello, me limitaré a mencionar algunos autores y libros cuya lectura de seguro comparto con quienes me acompañan en esta encuesta y sólo diré algo más sobre los ensayos de Warburg, que tal vez no hayan llamado tanto la atención de mis colegas argentinos como sí lo han hecho conmigo. Hablando de obras de nuestro país, debo de citar al Romero de *La revolución burguesa en el mundo feudal* y de *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, al Castellan del estudio integral sobre Valdés y de la erudita panorámica de la cosmoantropología renacentista, al Halperín de *La tradición española* y también de *Revolución y guerra* (en donde se despliegan las dialécticas entre las ideas hechas proyectos, las prácticas y las realidades que unas y otras se empeñan en modificar), al Chiaramonte de *La crítica ilustrada* y de *La Ilustración en el Río de la Plata* (de uno a otro libro se advierte la maduración de un historiador de las ideas desde la seducción por las dicotomías tajantes hacia las sutilezas atentas a las modulaciones desconocidas de un pensar tan frecuentado como el de la Ilustración), al Botana de *La tradición republicana* y de *La libertad política*, a la siempre deslumbrante Sarlo de *Buenos Aires: Una modernidad periférica* y de *La imaginación técnica*.

En cuanto a los autores extranjeros, el Bloch de *Los reyes taumaturgos*, el Huizinga de *El otoño* y el Febvre de *La religión de Rabelais* han sido, por supuesto, piezas fundamentales. El esplendor del *Angelus Novus*, de *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* y del trabajo sobre el *Trauerspiel*, hacen del corpus benjaminiano un centro de gravedad y de su lectura fragmentaria o aforística (como si se tratase de los textos cabalísticos estudiados por Scholem) la ocasión de recurrentes iluminaciones. Con Garin y con Paolo Rossi, he tenido un contacto personal, además del hecho de que *Medioevo y Renacimiento*, *Ciencia y vida civil*, *Los filósofos y las máquinas* y *Clavis Universalis* siempre tienen un lugar en mis clases y no ceso de fundar sobre esos libros mis nociones acerca del origen y del carácter multiformes de la ciencia moderna. *El mundo trastornado* de Hill, la obra de Peter Burke sobre la cultura popular, la *Masacre de gatos* de Darnton y su ensayo sobre el mesmerismo son mis puntos de referencia en las tradiciones anglosajonas de la historia cultural e intelectual. Gombrich, tanto el de *Arte e ilusión* cuanto el de la tetralogía en torno al Renacimiento, me ha demostrado las posibilidades de construir un conocimiento racional a partir de las imágenes y de hacer, por ende, una iconografía rigurosamente fundada en la psicología y en la historia. Ginzburg, por supuesto, es un modelo de erudición y su paradigma indiciario, el método que me guía en los que supongo son mis propios trabajos más originales, dedicados a los ángeles y al Antiguo Testamento en la iconografía y en la cultura barroca de la América colonial.

Por fin, Warburg. Sus ensayos reunidos por G. Bing en *La Rinascita del paganesimo antico* me han marcado más allá de la perfección estilística y del efecto de maravilla que suscitan sus temas. Lo que admiro en Warburg es su capacidad para haber descubierto los caminos de la razón humana y las amenazas que se ciernen sobre ella en el tratamiento de asuntos como la magia, la astrología, la transmisión

secular del *pathos, topos* que podrían haber significado una caída en el irracionalismo o bien una banal repulsa de la superstición. Warburg nos enseña a comprender la historia de los hombres como un combate contra el miedo y la precariedad de la existencia, una lucha en la cual reconocemos una continuidad de milenios pero que no encierra ninguna necesidad ni un *telos* forzoso. El reflujo hacia los terrores del pasado es siempre posible y depende del ejercicio de nuestra libertad el que continúe el despliegue más enaltecido e impredecible de nuestra hominización. Es extraño, pero como cualquier día de nuestras vidas que pasan, una página de Warburg suele encerrar una tragedia absurda, un dolor que supera nuestras fuerzas, un roce cálido, una risa reparadora, un amor omnipotente, un terror nauseoso, un abismo oscuro, un baño de luz y el misterio, inmenso como el mar.

## JORGE EUGENIO DOTTI

Nació en Buenos Aires, en 1947. Doctor en filosofía, Universidad de Roma (1975). Profesor Titular de Filosofía Política, Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Investigador del CONICET. Trabajos de investigación en Alemania Federal, becado por la DAAD (1981) y la Fr. Ebert Stiftung (1989). Premio "Bernardo Houssay" (CONICET 1987). Es autor de: *El mundo de Juan Jacobo Rousseau* (1980 y 1991); *Dialéctica y derecho. El proyecto ético-político hegeliano* (1983); *Las vetas del texto. Una lectura filosófica de Alberdi, los positivistas, Juan B. Justo* (1990); *La letra gótica. Recepción de Kant en Argentina, desde el Romanticismo hasta el treinta* (1992); y Editor (en colaboración) de *Realismo fantástico. Gioco di specchi su Swedenborg, Kant, Borges* (Napoli, 1986) y de *Kant in der Hispanidad*, (Bem-Frankfurt-New York, 1988). Ha publicado diversos artículos académicos en publicaciones locales y extranjeras, y trabajos de crítica cultural en *Punto de Vista* y *Espacios de crítica y producción*.

### 1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*

El proceso en el cual nos vamos formando intelectualmente no acaba nunca, pero sin dudas la pregunta alude a los años estudiantiles. Siendo así, me resulta muy difícil no responder en términos casi íntimos; y en este sentido, mi recuerdo es melancólico, añorando -entre otras cosas- cierta despreocupación adolescente que me permitía dedicarme con intensidad a la lectura y a los conexos descubrimientos. En la Roma de comienzos de los setenta tuve la vivencia de cómo la más rigurosa tradición de estudios filosóficos podía ser conjugada con imperativos políticos y culturales inmediatos. Fue un lustro durante el cual la vitalidad del '68 mantuvo su vigencia hasta agotar su impulso, y se abrió luego -en la filosofía- un repensamiento radical y fructífero, que se prolonga hasta la actualidad, a través de las variadas vicisitudes doctrinarias y biográficas de viejos y nuevos actores.

### 2. *Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?*

Forma parte de la tradición argentina intelectualmente más rica y sugestiva, la recepción de inquietudes, polémicas y tendencias extranjeras, con las simultáneas necesidad (teórica) y responsabilidad (práctica) de atender a las voces locales, que son las que contextualizan -con inevitable originalidad- esa recepción y las maneras de concretizar el material en cuestión; lo cual conlleva a su vez un desafío de creatividad en términos personales. Lo que escribo lleva nitidamente esta marca, con independencia del resultado en lo que al último aspecto se refiere.

### 3. *Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?*

Durante mi formación tuve la fortuna de haber vivido una estación muy rica en la productividad filosófica italiana, que conoció por entonces un ápice en la reflexión crítica sobre el socialismo, pero también (y siempre en virtud del mismo compromiso cultural y cívico) el abandono de lo que resultó incompatible con determinados requisitos éticos, además de los teóricos. Tales planteos y discusiones -cabe insistirse sustentaban en la capacidad que mis referentes tenían para mediar entre un elevado nivel de especulación filosófica y lo concreto de la situación local e internacional; es decir, entre el estudio académicamente riguroso y las exigencias tanto de comprensión de, como de "aplicación" a lo real circundante, impuestas por la práctica.

Soy discípulo de Lucio Colletti y conservo mi admiración por su figura, más allá de que -coherentemente con su ejemplo- mis opiniones y dudas hayan dejado de coincidir con las de mi maestro y amigo, en gran número de cuestiones. En todo caso, comparto su pesimismo, aunque desde otra óptica; ese pesimismo que parece ser inherente a quienes, luego de una cierta edad y en plena barbarización massmediática y superficialidad populista, seguimos insistiendo con esto de la filosofía. Entrar ahora en una rememoración detallada de aquel mundo intelectual excedería estas líneas (y una parte sustantiva de la producción teórica italiana de aquellos años es aceptablemente conocida en la Argentina). De todos modos, rindo tributo a mi nostalgia recordando, en el ámbito del ateneo romano, las lecciones maratónicas de Colletti, o el seminario que, sobre la "transformación del valor", él animó junto con Napoleoni, Lippi, Bruna Ingraio, entre otros; la meticulosa lectura que, desde otros registros, Gennaro Sasso hacía de la *Ciencia de la lógica*; o también, con su perfil distintivo, los cursos de Marco Olivetti sobre la religión en el idealismo alemán.

4. *Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?*

Siempre he leído y estudiado en soledad. No tengo simpatías por el "trabajo en equipo", la "interdisciplinarietà", la "creatividad colectiva" o fórmulas semejantes; menos aún las tengo por el espíritu *rentier* (frente al conocimiento producido en otros ámbitos) de tanto educacionista y epistemólogo, o por el gregarismo de los psicólogos y de no pocos "cientistas sociales". Por cierto hay un **otro** constantemente presente en mi trabajo, pero es, ante todo, un grupo acotado de interlocutores; y, además, de un modo más impreciso, lo es también ese lector que construimos en el acto de la escritura: una ficción evanescente, pues la lectura a la que aspiramos -si tenemos honradez intelectual- es la de alguien que la hará de un modo personal e imprevisible, y no la del docto-espejo de las justas diatribas nietzscheanas. Otros aspectos de mi trabajo intelectual son idiosincráticos (como ser, la necesidad de una cartulina grande para dibujar un esquema de escritura), y entran decididamente en lo anecdótico.

Me es imprescindible someter a juicio mis opiniones. Este aspecto evaluativo y autocrítico lo desarrollo parcialmente en mis clases, pues en ellas me interesa casi exclusivamente la cuestión de las dificultades expresivas, en la medida en que los problemas de la claridad retórica son inseparables de los de la conceptual. Y sobre todo en el intercambio de ideas y discusiones con amigos interesados en los mismos temas, en reuniones que son la única ocasión pública que valoro y encuentro indisociable del leer y escribir. Creo en el pluralismo, pero tratándose de asuntos intelectuales, entiendo que cuanto más selectivo, mejor.

Hablar de una "combinación" de mi investigación con otras actividades es un eufemismo que acojo gustoso.

Finalmente, si la última pregunta de este punto no ha de ser respondida con un "obviamente sí", diría que, mientras trazo el hilo conductor de una hipótesis interpretativa o de una idea en general, mi actitud es, en parte, dogmática: tiendo a forzar a otros intérpretes y comentaristas para que coincidan con, o al menos no desmientan, mi clave de lectura; y, en parte, "liberal": planteo sinceramente las divergencias y la posibilidad de que las lecturas antitéticas refuten la que estoy ofreciendo. En el vaivén, no pierdo de vista la provisoriedad de lo que afirmo, pero, a medida que adquiere consistencia una pauta hermenéutica y un determinado desarrollo conceptual, se va cerrando mi receptividad a las ideas ajenas. Sé, sin embargo, que no renuncio nunca a un elemento de equilibrio, que se apoya no sólo en la vergüenza ante el siempre latente error propio, sino también en el reconocimiento reflexivo de la solidez de opiniones contrarias.

##### *5. Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?*

Quizás quepa aclarar aquí lo que podría ser un malentendido: el que me ha llevado a figurar en esta encuesta, pese a que no soy un historiador de las ideas, sino un docente con una visión no gremialista de su temática, la filosofía. Asimismo, intentaré completar -brevemente- la primera parte de mi respuesta anterior, en la que omití el tema de, digamos, la apertura a otros saberes.

Confieso que, a mi entender, la amplitud de criterios y la disponibilidad ante otros registros discursivos, cuanto se operan o ejercitan desde la filosofía, no pueden consistir en una mirada horizontal y democrática. Si lo que está en juego es el otorgamiento de sentido a los hechos humanos, la significación que les imponemos a las acciones en general, entonces la posición de la filosofía frente a los saberes congéneres (los que alguna vez no se avergonzaban de ser humanistas) no puede ser igualitaria. La cuestión hermenéutica es prioritaria respecto de otros posicionamientos frente a lo humano, y tanto más frente a la cientificidad, pues si quisiéramos reducir el discurso histórico a una acertada recolección y descripción de *facta*, lo que nos queda es un muestrario de figuras huecas.

Asimismo, y cambiando de ángulo, reafirmo mi inveterada insatisfacción frente

a ese modo, tan aséptico, de entender la filosofía, que la reduce a una técnica de relojero en ideas: desmontar un texto-reloj, describir sus engranajes con la máxima exactitud, mostrar la sincronización interna de sus partes, los acoples entre rueditas y resortes, y luego dejar descansar la profesión hasta el día siguiente. Si bien la exigencia de rigor analítico implícita en esta actitud es imprescindible, so pena de caer en las divagaciones y genericidades habituales; o sea, si bien no hay esfuerzo filosófico serio sin este ejercicio de conocimiento y análisis riguroso de la lógica de un texto, la cuestión que realmente me problematiza es la del paso siguiente, la de ese salto (del conocer al pensar) que hay que dar si se aspira a una prueba intelectual profunda. Digamos: reflexionar sobre el sentido de usar un reloj, sobre qué representan filosóficamente las formas que asume la temporalidad en una dinámica epocal determinada, y planteos semejantes.

Pero entonces, *entrar* a la historia de las ideas *desde la filosofía*, acentuando "ideas" y sustentando una lectura no científica de la historia, funciona en mí como la posibilidad de ampliar los marcos de referencia y los ejes semánticos sobre los cuales puede desplegarse la intención (el logro es otro cantar) de pensar desde un registro -el filosófico- reacio a someterse al comunicacionismo y al populismo que prevalecen en el espacio público contemporáneo.

Cobijarme bajo una categoría proteica (mantengo distancia de quienes definen la historia de las ideas taxativamente) me ofrece un margen de movilidad más amplio que el de un estudio cerrado sobre los conceptos en su presunta ahistoricidad y arbitraria cerrazón ante otras dimensiones de lo cultural; esto es, me permite recorrer distintos perfiles de entrada a esos "objetos" peculiares que son los textos portadores de ideas filosóficas, y también abordar otras materializaciones (poéticas, plásticas, iconográficas en general) de las mismas. Valiéndome de otra imagen: este saber, que tiene para mí su atractivo en su condición de *passé-partout* intelectual, en su indefinición temática y pluralidad de intereses, y en su rebeldía frente al encasillamiento cientificista; la historia de las ideas, entonces, sería algo así como el centro de una rueda, cuyos rayos son las distintas disciplinas que convergen en un mismo núcleo temático, el cual a su vez se expande en las diversas direcciones, que cada uno de tales saberes representa. Sólo que no puedo no hacer de la filosofía el *eje* en que está encastrado ese centro y que rige la entera transmisión de movimiento, impreso por nosotros, los intelectuales en cuestión.

Para precisar las cosas: mi interés especial es la filosofía política, y la encaró desde una perspectiva ajena a lo que suele circular como "ciencia", "teoría" o "sociología" políticas. Mi tema es **lo político**, esa forma trascendente y organizadora *a priori* de la realidad en términos de conflictividad existencial (lo cual no quiere decir ni guerra ni violencia, sino incluso lo contrario, pero tampoco diálogo infinito), la cual atraviesa o compenetra todas las esferas simbólicas del hombre. De aquí la apertura del filosofar sobre lo político a la historia de las ideas, en cuanto posibilidad de tematizar otros registros. Pero, nuevamente, no se trata de una apropiación indiscriminada ni de conceder igualdad de chances. Privilegio la filosofía porque creo

que es en la *metafísica* donde una época o clima histórico logra expresar, con la mayor profundidad y precisión conceptual, su conciencia o espíritu político (las maneras como comprende y simboliza la soberanía, la ley, lo económico, etc.).

Es desde una perspectiva asentada sobre las consideraciones anteriores que encaro la cuestión del nexo entre historia y filosofía, y el tema conexo de la especificidad de las conductas humanas en tanto que históricas. O sea, un problema que representa el marco de la discusión en torno a la "historia de las ideas", tal como me la planteo actualmente.

Creo que aquí se cruzan dos componentes a priori del discurso histórico.<sup>(1)</sup> Uno es estrictamente gnoseológico y hace a la distinción que la historia (en tanto conocimiento de *algo efectivamente acontecido*) mantiene respecto de la pura ficción. A mi entender, es una condición de posibilidad obvia -sin desmedro del esfuerzo investigativo que puede conllevar- y la menos interesante, por descontada, para una consideración sobre la peculiaridad distintiva de lo histórico. El otro componente, en cambio, es aquél sobre el cual recae la especificidad en cuestión, pues concierne a la posibilidad de marcar la dimensión distintivamente *humana* del "objeto" histórico, en cuanto éste no es sometible (so pena de perder su especificidad) a cualquier sistema de descripción científica, tal como puede practicarlo alguna de las llamadas "ciencias sociales". Este segundo a priori es metafísico y no cognoscitivo: consiste en la consideración de las conductas humanas como *acciones*, como un tipo de evento perteneciente a la dimensión ético-política, en la que está en juego la libertad y responsabilidad del hombre ante el *drama* de la historia. La lectura de la historia como ejercicio filosófico de comprensión interpretativa y, así, de construcción del mundo, en lo que éste tiene de moral.

Por cierto, se trata de un proceso hermenéutico complejo, a lo largo del cual recurrimos a "categorías" que -por así decir- pertenecen a juegos diversos de conexiones sistemáticas en el interior de universos de discurso, cada uno de los cuales se conforma a partir de núcleos significacionales básicos (lo político, lo mercantil, lo religioso o lo estético), a través de series simbólicas y conceptuales (el conjunto de nociones, imágenes, ideogramas en general) que encuentran "realización" o efectividad en distintas instancias: discursos "altos", doxa, idiolectos, etc. Universos de discurso que, a su vez, mantienen una relación de reciprocidad configurada por distintos niveles de compenetración, complementariedad, oposición y similares.

La historia de las ideas, en la imprecisión de sus contornos, favorece la variedad de enfoques, la convergencia y, por ende, también el enfrentamiento de ensayos hermenéuticos. La prioridad que le concedo a la filosofía, en virtud de la -digamos- naturaleza metafísica (práctica) del "objeto" histórico, y ante la situación de que se trate de *textos* propiamente dichos, que son por cierto *acciones*; la preeminencia de la filosofía, entonces, no deja de alertarme sobre la necesidad de equilibrar la tendencia a una lectura interna, (cerrada sobre tales textos en tanto que lugares por donde se despliega una lógica argumentativa y una ilación conceptual) con la

atención a lo contextual, a los otros *constructa* discursivos pero no textuales, pues es de la dinámica entre ambas instancias que surge el sentido de lo histórico. Es del juego entre contextualización de un "discurso" y textualización de un "hecho" que la *acción*, el objeto de la historia, adquiere significado.

Si tenemos en cuenta que para mi visión metafísica de la historia, la distinción entre textos y hechos es secundaria respecto del rasgo prioritario que comparten, a saber: ser construcciones hermenéuticas, entonces agregaría que *leer nuestros clásicos* implica, además de lo ya expresado, la prudencia de evitar una doble trampa: la que ellos nos proponen con su cercanía y con su simplicidad o sencillez "filosófica".

La cercanía crea un efecto de familiaridad que puede resultar perjudicial en lo que hace a cierta -por así decir- libertad de maniobra en el armado de una interpretación; esto es, puede obstaculizar el desarrollo de la intención de ruptura, que debe animar toda práctica intelectual profunda. La simplicidad o sencillez en lo relativo al desarrollo de la argumentación filosófica sobre ciertos temas, en el caso de los intelectuales argentinos de los que me he ocupado (mi experiencia queda acotada a un período que va desde el romanticismo hasta el treinta), presenta el peligro de que la lectura de las lecturas de la realidad por ellos ensayadas desconozca la dimensión en la cual se pone a prueba la densidad de sus opiniones, que no es la de la lógica conceptual "interna" del texto sino la de su circulación en el espacio público y de su performatividad, de su capacidad para impregnar de sentido las pautas y símbolos en función de los cuales una sociedad se entiende (se evalúa judicativamente) a sí misma.

En lo que hace a los pensadores argentinos del período mencionado, como tema de meditación y estudio, es imprescindible, entonces, ampliar el foco interpretativo y hacer un uso amplio del perspectivismo que da la historia de las ideas *qua* mirada abierta a una pluralidad de manifestaciones imaginarias y simbólicas en general. De no proceder de este modo, de atenernos exclusivamente a los parámetros con los que estamos obligados a confrontarnos con un Kant, Hegel o Heidegger, se pierde completamente la corporeidad histórica de los nuestros. En última instancia, la Argentina moderna es una invención, forzada y gigantesca, si no de filósofos en sentido estricto, sí de intelectuales-políticos.

En función de todo lo anterior, respondería (y espero ser bien entendido) que los requisitos más importantes de un historiador de las ideas son saber leer, pensar y escribir. Lo histórico es aquello de lo cual se lee y se escribe, pensándolo como acción.

6. *Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?*

Creo que sigue manteniendo la expansión iniciada hace años, aunque esta es la opinión de quien encuentra (en librerías, revistas, catálogos) lo que busca unilateralmente.

No tengo tiempo más que para seguir los debates en torno a los temas puntuales que estudio y que nunca incluyen el del status epistémico de la historia de las ideas. Como excepción leí algunas discusiones en torno a esa obra magnífica que es el *Lexikon* de Brunner, Conze y Koselleck.

7. *Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?*

La rosa ante la cual toda interpretación de las ideas debe danzar son obras como *Rojo y negro*, *Moby Dick*, *La montaña mágica...*

## NOTAS

(1) Dicho brevemente: en los términos epocales propios de la subjetividad moderna, el problema de la diferencia entre el relato histórico y el ficcional no se resuelve remitiendo a una ontología (a la "realidad" de lo histórico frente a la "idealidad" o carácter fantasioso de lo ficcional), sino por el respeto -o no- de un *procedimiento* para la elaboración conceptual de los "datos"; procedimiento que la razón moderna (particularmente en su formulación kantiana) impuso como condición de posibilidad del conocimiento. Es decir, se trata del sometimiento a dos sistemas formales diversos de reglas discursivas.

## EZEQUIEL LUIS GALLO

Doctor en Filosofía, Faculty of Modern History, Universidad de Oxford. Investigador en el Instituto Torcuato Di Tella (Buenos Aires) y Profesor en el Instituto Universitario Ortega y Gasset (Universidad Complutense, Madrid) y en el ESEADE (Buenos Aires). Fue profesor de la Universidad Nacional del Litoral, la Universidad del Salvador, la Universidad Católica Argentina y la Universidad de Belgrano. Fue también profesor en las Universidades de Oxford, Essex y Londres (Gran Bretaña), Melbourne (Australia), Jerusalem (Israel), Columbia (Nueva York, USA) y American University (Washington, USA). En 1975 recibió en Nueva York, la distinción de "J. Simon Guggenheim Fellow". En 1985 fue designado Miembro de Número de la Academia de Ciencias Morales y Políticas (Buenos Aires) y en 1988 Miembro Correspondiente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (Madrid). En 1992 fue designado Miembro de Número de la Academia Nacional de Historia (Buenos Aires) y en 1993 Miembro Correspondiente de la Real Academia de Historia (Madrid). Es autor de: *La Formación de la Argentina Moderna* (1970); *La República Conservadora* (1972); *Farmers in Revolt* (Londres, 1976); *La Pampa Gringa* (1983); y del capítulo sobre la Argentina en la *Cambridge History of Latin America* (1986). Coeditor de *Argentina y Australia* (1979) y *La Argentina del Ochenta al Centenario*, (1980). Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas de Argentina, Gran Bretaña, Estados Unidos, Italia, España, México y Chile.

### 1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*

Me imagino que la pregunta va dirigida a la primera etapa de mi formación intelectual que transcurrió primero, entre Buenos Aires y Rosario (1956-65) y luego en la Universidad de Oxford (1965-1970).

Recuerdo ambos momentos con afecto y nostalgia. El tramo argentino fue muy rico en la recreación y en la apertura de instituciones de investigación y docencia, de asimilación de experiencias provenientes de los centros académicos más avanzados y se caracterizó por un intenso y fértil debate intelectual.

### 2. *Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?*

No es fácil reconstruir un proceso que por su naturaleza es de carácter acumulativo. No creo que haya tradiciones intelectuales argentinas que no tengan origen en alguna corriente de pensamiento de europeo o estadounidense. Creo, sí, que hay tradiciones originadas afuera y luego tamizadas por preocupaciones locales y expresadas en estilo argentino. Me gustaría que ese fuera mi caso. En cuanto a las influencias de origen externo pienso que las que más influyeron en mi trabajo provienen del mundo académico anglosajón.

*3. Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?*

Parte de la pregunta está contestada en la primera respuesta. En la primera etapa argentina recuerdo, entre mis mayores, a José Luis Romero, Tulio Halperín Donghi y Nicolás Sánchez Albornoz. En aquella época tuvieron un impacto polémico innegable los trabajos sociológicos de Germani y de algunos científicos sociales vinculados al IDES. Del ciclo formativo que transcurrió en Oxford rescato los seminarios dirigidos por Raymond Carr, J.Hicks, R.M.Hartwell, I.Berlin y P.Gardiner.

*4. Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?*

Durante mucho tiempo discutía ávidamente con un grupo de colegas alrededor del tema en el cual estaba trabajando. A algunos de ellos les entregaba borradores de las primeras versiones. Actualmente sólo continúo con el primer hábito aunque con un grupo bastante más reducido de colegas. No veo cómo puede prescindirse de la lectura de otros autores durante la elaboración de la investigación y, muy especialmente, de los que abordan el mismo tema en otras latitudes. Mi única ocupación en los últimos treinta años ha sido en el campo de la investigación y la docencia, lo cual en países tan erráticos como el nuestro implica que una parte no desdeñable del tiempo se consume en tareas administrativas y organizativas.

*5. Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?*

Lo mismo que cualquier otro historiador. Si se dedica a las ideas político-sociales debe tener una formación decorosa en teoría política y social. Pero este requisito es también exigido a un historiador económico, político o social. El resto de las exigencias son las mismas que configuran el *metier* del historiador. Entre éstas hay una sobre la que siempre es bueno alertar: un constante esfuerzo autocrítico para evitar el pecado de la extrapolación. A riesgo de sonar un tanto "collingwoodiano" la mejor manera de evitar ese peligro es recrear la situación estudiada y ponerse en los "zapatos" del que intenta interpretarla.

*6. Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?*

Existen muchos debates dentro de la disciplina tanto de carácter general como sobre aspectos específicos de regiones, períodos o autores. Luego de una etapa en que me interesaron bastante los primeros debo confesar que últimamente me siento

más estimulado analizando los segundos.

La disciplina se encuentra en estos momentos en un período de auge, o dicho de otra manera, está de moda, lo cual entraña ventajas y desventajas para la profesión en general. Las modas distorsionan vocaciones y habilidades al desviarlas a ciertos temas por el solo hecho de que son los más rentables en la vida económica.

*7. Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?*

Esta pregunta es muy difícil de contestar, puesto que los libros que en algún momento nos parecen importantes luego no resultan tanto. Aquí, también, existe un proceso acumulativo en el cual es muy difícil deslindar influencias específicas. Sólo citaré dos que me resultaron muy estimulantes en los últimos años. *Whigs and Liberals*, una serie de conferencias de Burrow, y *The Humane Comedy*, una investigación de Amstrong Kelly sobre los doctrinarios franceses.

## MARCELO MONTSERRAT

Nació en 1936. Abogado, Universidad Nacional de Buenos Aires. Profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de San Andrés. Profesor del Seminario de Historia Contemporánea en la Maestría de Política, Defensa y Estrategia de la Universidad Nacional de La Plata. Es autor de: *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX* (1993). Ha compilado: *La experiencia conservadora* (1992), y junto a C. Floria *Pensar la República* (1977) y *1943-1982. Historia política argentina*, (1983). Ha publicado diversos trabajos en publicaciones argentinas y extranjeras.

### 1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*

Mi primera formación intelectual proviene de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, donde me recibí de abogado, lo que para un hombre de mi generación -nací en 1936- era un camino casi obligado a las humanidades. No tengo un recuerdo especialmente grato de una Facultad degradada por la mediocridad y el sectarismo; sólo dos profesores brillantes y dedicados -Isaac Halperín y Bartolomé Fiorini-, me obligaron a pensar mediante rigurosas categorías de análisis jurídico y social. Del resto prefiero olvidarme piadosamente. Mi formación como historiador creció paralelamente, y de manera más informal, junto a la primera, sobre todo cuando me hice cargo de la organización de la enseñanza de la historia en el Seminario Menor Metropolitano de la Arquidiócesis de Buenos Aires, oportunidad excepcional que le debo a un querido amigo ya muerto, el presbítero Roberto Incocciati.

### 2. *Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?*

Mi obra se relaciona con una tradición historiográfica nacional que se cifra en José Luis Romero, quien es, para mi gusto, el más grande historiador argentino del siglo. No niego que me impresionó en su momento el extraordinario aporte de los *Annales* -menos ahora-, y he tratado de estar al tanto de la penúltima *nouvelle histoire*. Me siento identificado con una historia de las ideas y de las mentalidades imbricadas en su contexto sociocultural como respuestas a desafíos concretos de la época. Nunca me he sentido tentado por las *plot theories* y he tratado de denunciar, en todo momento, lo que he llamado la "apropiación ideológica de la historia".

### 3. *Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?*

El período de mi formación personal carecía de auténticos maestros. La

Universidad del populismo peronista era, lo repito, de una mediocridad aplastante y la historiografía de las ideas prácticamente no existía. Hace casi treinta años entré en contacto -más por casualidad que por otra razón- con el grupo de la revista *Criterio*, que, como es sabido, nació de la derecha nacionalista católica hasta virar, hacia esa época a una posición pluralista y liberal. Desde entonces pertenezco a ella, habiendo sido durante más de quince años su Secretario de Redacción. Aprendí más allí, en materia de pluralismo y respeto por las ideas ajenas, que en toda mi vida anterior.

4. *Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?*

Me complace discutir ideas y proyectos con mis colegas. Hallo en ello una fuente de estímulo y actualización. Me gusta entrar en frecuente diálogo con los clásicos, como quería Maquiavelo, quizás para olvidarme de la mala fortuna y de la muerte. Investigo y enseño, y encuentro en ambas actividades el placer de la vida intelectual, que tiene tanto valor y tan poco precio. La lectura de otros autores es una fuente notable de inspiración; mis mejores epígrafes han caído del cielo en medio de la culminación de un ensayo o artículo.

5. *Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?*

Los mismos que los de cualquier historiador. Nadie ha podido expresarlos mejor, y dudo que alguien lo haga en el futuro, que esa escritora maravillosa que fue Marguerite Yourcenar, en sus *notas a las Memorias de Adriano*.

6. *Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?*

La situación actual de la historia de las ideas, en nuestro medio, es razonablemente buena. Los debates propios de toda disciplina se desarrollan con agudeza y buenos modales, después de tanta estupidez ideológica. Me parece llegada la hora de crear una revista de historia de las ideas, que agrupase una auténtica pluralidad de investigadores y temáticas.

7. *Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?*

Si tuviera que elegir entre aquellos que más me han influido, no podría dejar de mencionar *El otoño de la Edad Media* de Johan Huizinga, *Rabelais o el problema de la incredulidad en el Siglo XVI* de Lucien Febvre, *Los tres órdenes o lo imaginario del*

*feudalismo* de Georges Duby y, por supuesto toda la obra de Isaiah Berlin; y entre nosotros esa pieza admirable que es *Latinoamérica: la ciudades y las ideas* de José Luis Romero. Naturalmente, si uno está atento encuentra en los lugares más inesperados incitaciones intelectuales respecto de nuestra disciplina; acabo de concluir la lectura de una novela, como *El país del agua* de Gordon Swift, que me parece de una notable penetración historiográfica.

## EZEQUIEL DE OLASO

Nació en Buenos Aires, en 1932. Licenciado en filosofía, Universidad Nacional de Buenos Aires, 1963. Doctor en filosofía, PhD Bryn Mwr College, Pennsylvania, 1969. Becario de John Simon Guggenheim Memorial Foundation, 1968. Profesor Titular de Teoría del Conocimiento en la Universidad de La Plata, 1977-90. Visiting Professor en la Distinguished Chair in Humanities de Colgate University, Estado de New York, 1991. Es Profesor Titular de Filosofía Moderna de la UBA y Profesor Titular de Filosofía de la Universidad de San Andrés. Investigador principal del CONICET. Miembro fundador del Centro de Investigaciones Filosóficas, CIF, Buenos Aires y de su publicación *Revista Latinoamericana de Filosofía*. Miembro fundador del Centro de Lógica, Epistemología e Historia da Ciencia, Universidad Estatal de Campinas, Brasil, y de su revista *Manuscrito*. Miembro del comité de consultores de las revistas *Analogía* y *Diánoia* de México, *Razón Práctica* de Venezuela, *Studia Spinozana* de Alemania, *Hobbes Newsletter* de USA y *Rue Descartes* de París, Miembro del Advisory Editorial Board de *Archives Internationales d' Histoire des Idées/International Archives of the History of Ideas*, Kluwer Academic Publishers, Dordrecht-Boston-London. Miembro del Comité Académico de la *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía* -35 volúmenes, en preparación. Examinador en Filosofía del International Baccalaureate, Ginebra, Suiza. Es autor de: *Los nombres de Unamuno*, (1963); *Diccionario de Filosofía Abreviado*, en colaboración, (1970); *Escepticismo e Ilustración*, (Venezuela, 1981); *G.W. Leibniz. Escritos filosóficos*, (1982). Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas y en volúmenes colectivos.

### 1. Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?

Puesto que piden que se hable en la desagradable primera persona, diré que mi vida intelectual es una niebla que se disipa un poco con mi ingreso a la carrera de Filosofía en la Facultad de Filosofía de la UBA, en el año 1957. Siempre tuve una fuerte inclinación a concebir la reflexión filosófica como una tarea que combina la aclaración de conceptos con el recurso a la historia. Para entender la relevancia de un tema me parece indispensable contar una historia; pero esa historia es filosófica sólo cuando trabaja en la aclaración de conceptos básicos. Esto que es hoy moneda corriente en Occidente era chino en esos años en la calle Viamonte. Recuerdo ese período con afecto por la sensación de estar haciendo descubrimientos todos los días, pero no puedo silenciar que mi trabajo de fondo lo hacía completamente solo. En la Facultad había pocos libros y revistas. Tuve buenos profesores pero para mi proyecto de trabajo sólo encontré el apoyo de León Dujovne.

### 2. Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Después de haber recorrido mucho camino me encontré con grupos nucleados

en torno a diversas instituciones: Leibniz Archiv (Hannover, Alemania), Warburg Institute (Londres), Lessico Intellettuale Europeo (Roma), College International de Philosophie (París), Sociedad Leibniz (Madrid) y diversas revistas *Journal of the History of Ideas*, *Journal of the History of Philosophy*, *Elenchos*. Con todos ellos he colaborado. Recientemente se ha formado en Londres la "Foundation for Intellectual History" que auspicia fructíferas reuniones.

Pero si la pregunta apunta a determinar qué tipo de escuela sigo en mi tarea, la respuesta sería una gran desorientación. Si no me lo preguntan lo sé, si me lo preguntan no lo sé, como san Agustín con el problema del tiempo.

*3. Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?*

Aprendí mucho de Richard H. Popkin a quien conocí en 1967. A comienzos de los ochenta comencé a interiorizarme en el estilo de pensamiento de un grupo espectacular de historiadores de la filosofía antigua de Londres (Schmitt, Sorabji), Oxford (Annas, Barnes), Cambridge (Burnyeat). Eso era lo que yo buscaba. En la Argentina los historiadores de las ideas que más me interesan no pertenecen al campo filosófico: Natalio Botana y Tulio Halperin Donghi.

*4. Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?*

Estoy metido en dos o tres investigaciones a la vez. Los borradores los discuto con colegas, generalmente en simposios o seminarios (esto obliga a viajar bastante) y también con alumnos. Los más jóvenes como Leiser Madanes, Sergio Palavecino o Gonzalo Rodríguez son a menudo generosos y terribles interlocutores. Pero también discuto mucho por fax. Ahora integro un grupo de trabajo en Madrid adonde voy, por lo menos, un par de veces por año. He recibido una invitación para trabajar sobre el tema "Leibniz y las controversias" (que fui acaso el primero en "descubrir" en La Plata hacia 1970) con un grupo de investigación en la Universidad Hebrea de Jerusalén. El problema no es tratar de conectarse sino elegir bien el tema, los colegas y el lugar de trabajo. El ensayo que publico es un borrador final. El grupo de ensayos, convenientemente reescrito, sería el libro.

Combino la investigación con la docencia. Soy profesor titular de Filosofía Moderna en la UBA y de Filosofía en la Universidad de San Andrés. Suelo dar seminarios de postgrado en diversas universidades del país, pero también en América Latina y España, especialmente en Brasil, Chile y México. He enseñado un semestre en USA y soy examinador del International Baccalaureate. Esto me parece indispensable para revitalizar constantemente la investigación. Si se entiende la enseñanza como una fatalidad, todo está perdido, también la investigación.

El hecho de pertenecer a varios comités de redacción de revistas de filosofía me mantiene en contacto permanente con lo que se hace. Me parece muy mala la excesiva especialización en filosofía. Un filósofo debe saber medianamente bien toda la filosofía y concentrarse en algunos temas de investigación, sin descuidar su información general. Además tengo una columna en un diario español donde trato de reflejar lo que se publica en Latinoamérica sobre temas filosóficos. Así soy también un historiador contemporáneo.

5. *Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?*

6. *Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?*

Como historiador de las ideas que realiza su tarea en la Argentina pero principalmente sobre temas del hemisferio norte, mis reflexiones están determinadas por ese duro destino geográfico. La relación habitual con los archivos me está prácticamente vedada. Creo tener cierto olfato propio del oficio: descubrí (desde Sarmiento al mil trescientos) un inédito de Leibniz archivado en Hannover; también descubrí (desde la Biblioteca Nacional) un inédito del humanista español Paez de Castro. Pero esto subraya el carácter utópico del acceso, desde la Argentina, a las fuentes documentales. Entonces es mejor hacer de la necesidad virtud y concentrar la mayor parte del trabajo en el análisis de textos. La novedad que se aporta no consiste en el hallazgo de nuevos documentos sino que proviene de los instrumentos conceptuales con los que se analizan los textos. Esto implica el riesgo de olvidar *la historia* de los problemas en beneficio del análisis de los argumentos de los filósofos. Esta es, dicho brevemente, una de las tensiones del trabajo del historiador de las ideas filosóficas en la Argentina.

Un ejemplo: creo haber descubierto que el *Leviathan* de Hobbes es un paso importante en la constitución del análisis del discurso ideológico. No aportó ningún nuevo dato propiamente histórico sino que aplico las nociones básicas con las que se teje la teoría de la ideología y muestro su presencia en el análisis hobbesiano de la inestabilidad política de Inglaterra. Obviamente Hobbes no emplea la palabra ideología. Si esa reconstrucción es creíble hay que escribir de nuevo la historia de la ideología, sin saltar de Bacon a los materialistas franceses del siglo XVIII.

Un campo interesante y accesible es el de la metodología de la historia de la filosofía. Últimamente he alentado un debate sobre el principio de caridad en la interpretación. Puesto que siempre encontramos tensiones fuertes e incoherencias en la obra de un filósofo, hay que tratar de ofrecer la mejor versión de sus ideas. Este es, sumariamente, el principio de caridad, que los alemanes llaman misericordia hermenéutica. La pregunta que he planteado es: ¿cuáles son los límites del principio de caridad en la interpretación? El intérprete ¿debe ejercer la crítica? Y en ese caso, ¿dónde debe terminar la caridad y comenzar la crítica?

7. *Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?*

El comentario de Etienne Gilson al *Discurso del Método* de Descartes, porque se impuso ir palabra por palabra, mostrando, entre otras cosas, antecedentes en la filosofía medieval; su propósito puede no ser compatible, la ejecución es admirable. *La historia del Escepticismo de Erasmo a Descartes* de Richard Popkin (la primera edición, no la tercera) por su arte para tomar una frase de Montaigne, tirar de ella y encontrar una historia verosímil y novelesca. Más recientemente *The Emergence of Probability* de Ian Hacking, un filósofo de la ciencia que revela una notable sensibilidad histórica. La lista sería abrumadora. En estos días nos han regalado una joya: *The Morality of Happiness* de Julia Annas.

## BEATRIZ SARLO

Nació en Buenos Aires, en 1942. Graduada en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA como profesora en Letras. Tesis de licenciatura sobre Juan María Gutiérrez y la crítica romántica. Fue ayudante de trabajos prácticos hasta 1967; enseñó, en 1970, en el Instituto Universitario de Trelew. No tuvo otra experiencia docente universitaria, ni inscripción académica hasta 1984. Entre 1979 y 1983 dictó seminarios en grupos privados formados por alumnos de la UBA. Fue, desde 1966 hasta 1983, encargada de diferentes colecciones en el Centro Editor de América Latina. Desde 1978 integra el Consejo de Redacción de *Punto de Vista*. Es Profesora Titular de Literatura Argentina II, Facultad de Filosofía y Letras, UBA; e Investigadora del Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA), Facultad de Filosofía y Letras Facultad de Ciencias Sociales, Instituto Ravignani, UBA. Ha dictado cursos, conferencias y seminarios en: Institute of Latin American and Iberian Studies, Columbia University, New York (Visiting Tinker Professor, 1985); Department of Spanish and Portuguese, University of Minnesota, 1986; Department of Spanish and Portuguese, University of California, Berkeley, 1989; Maestría en Ciencias Sociales de FLACSO, Buenos Aires, 1989 y 1991; Department of Spanish and Portuguese, University of Maryland, 1990 y 1991. Fue Simon Bolívar Professor of Latin American Studies, Universidad de Cambridge, Inglaterra, enero/junio, 1992. Becas y fellowships: Grant del Social Science Research Council, 1983/84; Fellow en el Woodrow Wilson Center, Washington, diciembre 1986/abril 1987; Fellow, King's College, University of Cambridge, enero/setiembre 1992. Premio Bernardo Houssay, otorgado por la Secretaría de Ciencia y Técnica del CONICET, diciembre de 1987. Últimos libros publicados: *El imperio de los sentimientos; narraciones de circulación periódica en la Argentina. 1917-1927* (1985); *Una modernidad periférica; Buenos Aires 1920 y 1930* (1988); *La imaginación técnica; sueños modernos de la cultura argentina* (1992); *Borges; a Writer at the Edge* (Londres, 1993). Últimos prólogos y antologías: Prólogo a una de las tres partes de *Women's Writing in Latin America; an Anthology*, edited by Sara Castro-Klarén, Sylvia Molloy and Beatriz Sarlo, Boulder, San Francisco, Oxford, 1991; Prólogo, notas, cronología y selección (en colaboración con C. Altamirano) a: Esteban Echeverría, *Obras Escogidas*, Biblioteca Ayacucho, 1992. Ha publicado numerosos artículos en revistas científicas y culturales y en volúmenes colectivos de nuestro país y del extranjero.

### 1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*

A comienzos de la década del sesenta soy una estudiante de letras en la Universidad de Buenos Aires. Cursaba literatura inglesa: Borges era el profesor titular y Jaime Rest (luego perseguido por la dictadura militar inaugurada en 1976) su adjunto. Por razones obvias, casi no entendía a Borges. Pero una tarde, en los sótanos del edificio de institutos de la Facultad de Filosofía y Letras, en la calle Reconquista y Tucumán, me acerqué a Rest. Debíamos leer "The Tiger" de William Blake y yo no había entendido literalmente nada. La conversación con Rest, con el libro abierto en la página del poema, casi por sorpresa provocó mi primera lectura

deliberadamente interpretativa de un texto. Muchos años después, Rest mencionaría a Richard Hoggarty y hablaría con él sobre Raymond Williams. Luego, hacia 1963, cayó en mis manos (a través de un compañero, Angel Núñez) la lista de lecturas que Hugo Cowes había propuesto para un seminario de teoría literaria. De ella recuerdo dos libros: el manual de Wellek y Warren y los ensayos de Eliot. Los leí juntos, traté infructuosamente de unirlos, con esa vocación de nexos y síntesis que tienen en general los autodidactas (curiosa sensación: recordarme como una autodidacta en el medio de la Universidad argentina anterior al golpe de Onganía). A este reducido elenco, agregaría el *Baudelaire* de Sartre que me dio, en 1961, Héctor Ráurich, un hombre dedicado a la estética que había sido expulsado del partido comunista. Hasta el estudio sistemático de Barthes y el estructuralismo francés, a mediados de los años sesenta, esos libros fueron casi toda mi formación. Debería decir, entonces, que ella, verdaderamente, comienza después del golpe de estado de Onganía y corre en paralelo con el conocimiento personal y las lecturas de tres intelectuales que se ubicaban en el mosaico populista: Puiggrós, Hernández Arregui y Jauretche. Esta cruz peculiar de estructuralismo francés *prima manera* y pensamiento "nacional" define el primer capítulo de mi formación crítico-ideológica. A este capítulo pertenecen también las lecturas (que no consideraba contradictorias) de Lévi-Strauss, Althusser, Balibar, Gramsci y Mao. En paralelo, mi tesis de licenciatura sobre Juan María Gutiérrez y la crítica romántica (que terminé sin ninguna dirección ni discusión real con nadie) definía, por primera vez, el espacio de una temática futura.

2. *Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?*

Sin duda, le debo mucho al efecto, diferido en el tiempo, de los primeros números de *Contorno*; al libro de David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, donde vi, por primera vez, que la literatura podía pensarse en relación con otras dimensiones simbólicas del mundo social y remitirse, a veces violentamente, a la dominación material; a los ensayos de Adolfo Prieto (y el eco que se escuchaba en Buenos Aires de su grupo de la Universidad del Litoral, en Rosario). También me atraía el culturalismo mezclado con Leavis de Jaime Rest, a quien escuchaba en las oficinas de *Capítulo* en el Centro Editor de América Latina a fines de los años sesenta y comienzos de los setenta. Obviamente, la lectura de la revista francesa *Communications*, la semántica estructural de Greimas y sobre todo la verdadera obsesión crítica que significa, a veces de manera secreta y a veces abiertamente, Roland Barthes. Luego, en los tempranos años setenta, una segunda lectura de Gramsci (ahora marxista y no populista como la anterior) me encuentra buscando una salida del formalismo estructuralista. Con Carlos Altamirano discutimos sistemáticamente todo Raymond Williams, a quien entrevisté en Cambridge; publicamos sobre él en *Punto de Vista*, adonde también hacemos confluir la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu, que me influye profundamente. De nuevo, Barthes,

releído el año de su muerte para preparar una antología, y no abandonado desde entonces. Benjamin, junto a Barthes, son dos continentes crítico-teóricos de los cuales nunca me aparté del todo. En el medio, el formalismo ruso, especialmente Tiniánov y Bajtin, y el postformalismo checoslovaco, especialmente Mukarovsky y Vodicka; más tarde Jauss y la escuela de Constanza. Las tradiciones entonces pueden ser vistas como contrapuestas: S/Z y el culturalismo inglés, Benjamin y la sociología de los intelectuales, marxismo, formalismo y teoría de la recepción.

*3. Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectada con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?*

Creo haberlo dicho antes: en 1966, quienes éramos demasiado jóvenes para quedar fuera de la Universidad como profesores, quienes nos graduamos ese año o el siguiente, intentamos seguir una formación que considerábamos no sólo interrumpida sino insuficiente y parcial. En mi caso particular, pasé a formar parte de un grupo de voluntaristas que se reunía en una pieza alquilada en la calle Salta. Después de una travesía por el estructuralismo más metalúrgico, produjimos un erizado análisis del *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal (que Jorge Laforgue tuvo la tolerancia de incluir en un tomo de Paidós). Lo escribimos, como si se tratara de una máquina ensamblada en una línea de montaje, entre cinco: Susana Zanetti, Hortensia Lemos, Nannina Rivarola, Angel Núñez y yo. Pero conexiones igualmente fuertes venían del lado de la política: mantuve una amistad admirativa y respetuosa con Puiggrós, que me guió por el dédalo de las hipótesis revisionistas convirtiendo a la historia argentina en un campo de fuerzas donde se inscribían fácilmente las presentes batallas del peronismo en vías de radicalización. Justamente el "marxismo nacional" de Puiggrós no fue un obstáculo para que, a comienzos de los setenta, hiciera un pasaje a contracorriente hacia las filas del marxismo local en su versión "nueva izquierda". Allí, el grupo político impuso la lectura del leninismo, de Stalin y la re-colocación de Gramsci en clave leninista (sustrayéndolo a él y a Mao de la clave populista de mi primer contacto). Después de 1976, con Altamirano, Gramuglio, Piglia, nos reunimos, en la clandestinidad que imponía la época, en algo que, con ironía pero también con esperanza, llamamos el "salón literario", de donde salió el núcleo de *Punto de Vista*, empresa que incluyó en sus primeros números a Nicolás Rosa, Hugo Vezzetti, Carlos Dámaso Martínez, Fernando Mateo, que también habían pasado por las tertulias del "salón literario", refugiado en una oficina del Centro Editor. Los años de esta segunda dictadura son los de un intenso intercambio intelectual con Altamirano.

*4. Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?*

Trabajo sola. Mis últimos escritos en colaboración fueron, hace ya más de diez

años, dos fascículos sobre *Martín Fierro*, con María Teresa Gramuglio, y los artículos y libros publicados con Altamirano. Antes de publicar tengo muy pocos lectores: los dos libros que editó Nueva Visión fueron leídos y discutidos por Altamirano; *El Imperio de los sentimientos*, por David Viñas (que me entregó una lista de más de cien sugerencias de enmiendas). Mis compañeros del PEHESA leyeron ese libro sobre los folletines y un primer esbozo de *La Imaginación técnica*. Después de que los trabajos han sido impresos y, como se dice, la cosa ya no tiene remedio, he tenido la fortuna de discutir algunos textos en el seminario de Oscar Terán, y de presentarlos, bajo la forma de síntesis, en reuniones académicas. Tengo dificultad para exponer las hipótesis antes de que alcancen la forma escrita definitiva o semi-definitiva, porque creo que el momento de la escritura es decisivo para el tipo de búsqueda que intento. No me dedico exclusivamente a la investigación: enseño, en la Facultad de Filosofía y Letras, literatura argentina del siglo XX; ello me permite no perder nunca una relación con la perspectiva estrictamente crítica. Escribo en *Punto de Vista*, espacio que es para mí el lugar del ensayo, el banco de pruebas, la polémica; y también me gusta esa intervención estrictamente de coyuntura que representa la escritura para diarios. Me gusta el formato brevísimo, el trabajo de encargo, de un día para el otro, la intervención en caliente, el texto de opinión, hablar de campos no estrictamente familiares con la disciplina, combinar el saber disciplinario con la perspectiva ideológico-política. Siempre leo otros autores cuando estoy escribiendo, consulto a Benjamin o a Barthes según un "azar objetivo": abro los libros, anoto frases, busco formas según las cuales pensaron no mis problemas sino otros, pero esas formas, de algún modo, se encuentran con mis problemas.

*5. Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?*

Percepción crítica de la configuración formal e ideológica de los textos que son sus fuentes; capacidad teórica para integrar perspectivas de otras disciplinas; imaginación y audacia en la reconstrucción hipotética de los procesos simbólicos; inteligencia relacional en el trazado de las tramas sociales de circulación de textos, ideas y prácticas simbólicas; atención dispuesta a captar lo representativo en lo excepcional; cultura literaria, filosófica y estética; disposición a reforzar los vínculos entre su práctica y la de la historia social y cultural; mirada atenta a los procesos de integración y hegemonía simbólica.

*6.Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?*

Creo que la historia de las ideas ha abandonado casi por completo las modalidades más clásicas del enfoque disciplinario: el seguimiento de la génesis y modificación de temas y teorías. Después de Foucault, la historia de las ideas se

convierte, también, en historia de la construcción textual de dispositivos y de estrategias simbólicas y me parece difícil que, aun cuando se revisen los postulados foucaultianos de la relación entre saber y poder, se vuelva a una concepción clásica de historia genética y trazado de influencias. La historia de las ideas se ha complejizado en historia de los intelectuales, historia de la recepción y del público, historia de los medios de comunicación y de las instituciones, historia de las formaciones grupales, de las revistas, etc. Esta multiplicación de objetos ubica de manera más firme la historia de las ideas en la historia de las sociedades y vuelve improbable una práctica sujeta al seguimiento intratextual de los tópicos. Al mismo tiempo, las nuevas corrientes se han mostrado particularmente hospitalarias ante las perspectivas de análisis textual, descolocando por este lado también a las versiones más tradicionales. La historia de las ideas comparte su objeto con la historia cultural, con los estudios culturales y con la sociología de los intelectuales. El debate, francamente internacional y más aún norteamericano, sobre la problemática referencialidad de los textos y la imposibilidad de construir un sentido único, no ha sido recogido en Argentina; correlativamente, las perspectivas deconstruccionistas de origen filosófico y crítico literario tampoco están en el elenco de las preocupaciones locales.

7. *Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más la impresionaron en su vida intelectual? Por qué?*

La *Historia* de Georges Gusdorf, por su sencilla y al mismo tiempo maciza arquitectura. Los trabajos de Starobinski sobre Rousseau, *Le remède dans le mal y 1789: emblèmes de la raison*, por su penetración en la trama estilística y su sensibilidad para captar configuraciones textuales de la subjetividad. *The country and the city* de Raymond Williams, por su lectura social de los textos literarios, su lectura cultural de las configuraciones sociales, su atención a las relaciones de subordinación; *Politics and Letters*, reportaje de la *New Left Review* a Williams, porque muestra una historia intelectual pensada como recorrido autobiográfico. *Pensar la revolución francesa* de Furet, por la transformación de una perspectiva clásica de la historia de las ideas a través de la atención a problemas suscitados por la teoría política. *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* de Martínez Estrada, porque es la más poderosa interpretación crítica que haya producido un intelectual argentino. Los trabajos de Halperín Donghi sobre Sarmiento, por su potencia desafiante para la lectura a contrapelo y su originalidad. Las fichas y fragmentos de Benjamin para la gran obra inconclusa sobre París, porque presentan la marcha de un trabajo interpretativo y la deslumbrante inteligencia de las conexiones inesperadas. *El criollismo en la formación de la Argentina moderna*, de Adolfo Prieto, por el descubrimiento de una función desconocida de la gauchesca en la cultura argentina. *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg, por su atención a lo excepcional. *Viena fin de siècle* de Carl Schorske, por la interpretación de los textos (de la literatura, del urbanismo, de la

pintura, de la música, del psicoanálisis) arrancándolos de sus protocolos habituales de lectura. *El orden conservador* de Natalio Botana, por su disciplinado clasicismo. *The Literary Undergraound of the Old Regime* de Robert Darnton, por su fortuna en el trabajo con las fuentes. Pienso también en quienes tengo más próximos: las investigaciones sobre historia de las ideas psiquiátricas de Hugo Vezzetti; los trabajos de Oscar Terán sobre Ponce e Ingenieros; las hipótesis de Carlos Altamirano sobre la conformación ideológica del espacio peronista; el libro de Josefina Ludmer sobre la poesía gauchesca; la historia de los intelectuales del sesenta de Silvia Sigal.

## VICTOR TAU ANZOATEGUI

Nació en Buenos Aires en 1933. Abogado y Doctor en Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Buenos Aires. Investigador Superior del CONICET. Profesor Titular de Historia del Derecho Argentino, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA. Presidente de la Academia Nacional de la Historia. Vicedirector 2º del Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, Buenos Aires. Premio Nacional de Historia y Antropología (1974-1977). Es autor de: *Las ideas jurídicas en la Argentina, siglos XIX-XX* (1977, 2ª edición 1987); *La codificación en la Argentina, 1810-1870. Mentalidad social e ideas jurídicas* (1977); *Casuismo y Sistema. Indagación histórica sobre el espíritu del Derecho Indiano* (1992). Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas y en volúmenes colectivos de nuestro país y del extranjero.

### 1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*

Mi formación intelectual básica tuvo lugar en la década del '50. Cuando ingresé en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en 1951, lo hice habiendo iniciado ya mis primeras investigaciones en el Archivo General de la Nación. Durante el curso de la carrera de abogacía, no sólo continué en mis ratos libres con esas tareas, sino que alcancé a seguir en la Facultad de Filosofía y Letras a maestros como Angel Vasallo, Raúl H. Castagnino, Alberto Freixas, José Imbelloni, Eduardo Casanova y Claudio Sánchez Albornoz. En general, éstos me impresionaron más que mis profesores-juristas.

Mi primera labor de investigación, que inicié a los 17 años, fue un estudio biográfico de Fray Justo de Santa María de Oro, el conocido fraile republicano del Congreso de Tucumán, que concluí antes de terminar mis estudios universitarios. Aunque recibió un premio universitario, la obra quedó inédita. Por entonces, dado su volumen no encontré editor, después decidí no publicarla, salvo precisamente el capítulo sobre "las ideas políticas" que apareció algunos años después en una obra colectiva sobre el Congreso de Tucumán. En esas páginas juveniles advierto hoy mi primera atención hacia el tema de las ideas. Tal vez no sea casualidad que mi primer maestro fuera el jesuita Guillermo Furlong -historiador de la cultura y de las ideas filosóficas-, a quien conocí como profesor de literatura argentina en el Colegio del Salvador.

Al poco tiempo de ingresar a la Facultad conocí a Ricardo Levene y partir de 1953 me incorporó como auxiliar docente -aún alumno- al Instituto de Historia del Derecho, que funcionaba en el flamante y ostentoso edificio de la Avenida Figueroa Alcorta. Desde entonces quedó marcada una vocación y un destino intelectual: la Historia del Derecho argentino y americano. Dentro de esta disciplina, la historia de las ideas ocupó, casi sin percibirlo, un papel central, como instrumento necesario para comprender mejor ese pasado jurídico.

Las "ideas" constituían uno de los tres componentes de la concepción histórico-jurídica de Levene (los otros eran los acontecimientos y las instituciones). El ponía de relieve una estrecha vinculación entre las ideas, el derecho y la sociedad, buscando no un pensamiento abstracto, sino un ideario injertado en el tejido social. Levene inculcaba estos criterios en los seminarios, aunque es más difícil encontrar la concreción de los mismos en sus escritos. Recuerdo los seminarios y cursos de doctorado, en los que participé como ayudante y como cursante de los mismos. En 1957 el de doctorado fue sobre "Ideas políticas y jurídicas de Alberdi" y yo me ocupé de las ideas alberdianas sobre la Revolución Hispanoamericana. En ese mismo año el curso de docencia libre estuvo consagrado a "la historia de las ideas políticas y jurídicas en la Argentina" y, a mi propuesta, Levene me fijó el tema: "Las ideas políticas y jurídicas de Antonio Sáenz", monografía que apareció publicada después en la *Revista del Instituto*.

En esos años quedó ya determinada mi inclinación hacia una historia de las ideas jurídicas. Convergían así la formación que iba adquiriendo con mi vocación. Dentro de una Historia del Derecho con contenido y proyección sociales, la historia de las ideas era una herramienta imprescindible para que la visión del historiador luciera en plenitud. Pero una historia de las ideas no era para mí una mera historia de doctrinas, de grandes autores y de textos clásicos, considerados en abstracto. Había que poner énfasis en buscar la conexión de esas ideas con la vida social, constatar su aplicación y también detectar las ideas que brotaban de la misma acción. Entramos en el terreno que algunos prefieren denominar historia del pensamiento. Otras vías nos conducen, más recientemente, a una historia de mentalidades. Yo también he usado estos vocablos. No me parece necesario penetrar ahora en esas filosas distinciones conceptuales para que quede claro esa dirección sustancial que fue asomándose ya en mi temprana formación intelectual, y desde luego afirmándose en época posterior.

*2. Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?*

La orientación señalada anteriormente me llevó a enfocar nuestro pasado de cultura hispana predominante (española, americana y argentina). Pero éstos no son ámbitos cerrados. Según épocas y circunstancias, se han recibido influencias externas a esos círculos, con interesantes procesos de asimilación. También de aquel mundo cultural han partido influencias hacia el exterior. No olvidemos, por ejemplo, el vigor y originalidad del pensamiento hispano de los siglos XVI y XVII. Particularmente, la Argentina de los siglos XIX y XX ha estado abierta a las corrientes "universales" del pensamiento. De una parte, ello ha sido beneficioso, pero también puede apreciarse un efecto negativo en cuanto han prevalecido modas pasajeras o no se ha logrado asimilar esos influjos. También, con alguna frecuencia, se ha desdeñado el pensamiento propio. Esto ha llevado a algunos a entender -y aun

enseñar- la historia de las ideas (políticas, jurídicas, filosóficas, económicas, etc.) como un proceso que ocurrió en los países de la Europa del Norte (Inglaterra, Francia, Holanda, Alemania), del cual está ausente el mundo hispano y por cierto, el iberoamericano. No resulta comprensible que libros escritos por autores ingleses, franceses o alemanes sean admitidos y considerados en nuestro medio como expresión única de una historia de las ideas, tanto por su método como por su contenido. Esto ha llevado en algunos casos a intentar una aplicación "forzada" de esas ideas a nuestra sociedad, con lo cual se deja en el camino una rica expresión de tradiciones (hispanas, criollas, aborígenes) que perviven e innovaciones que se asimilan, formando un tejido nuevo de ideas, más o menos original. La circulación de las ideas, las lecturas y aplicaciones locales de aquellos textos, esa "refracción" de ideas son aspectos, para mí, muy importantes dentro del mundo de las ideas. Verdaderamente nos ayuda a comprender lo nuestro, a iluminar nuestro pasado.

Lo que acabo de decir explica que mi obra haya estado relacionada con una tradición intelectual hispana y argentina, pero esto no significa olvidar ricas tradiciones intelectuales de otra procedencia. Creo haber recibido y asimilado influencias de ese carácter, aunque siempre con el objetivo indicado.

*3. Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?*

Las décadas de los '50 y '60 fueron, en la visión que hoy tenemos, de cambios, revueltas, rebeliones de una parte, y de otra de portentoso desarrollo económico y técnico. Quienes nos formamos básicamente en los años '50 no teníamos los planteos ni las dudas historiográficas que surgieron más tarde, ni tampoco tuvimos la posibilidad de establecer relaciones o contactos intelectuales con la facilidad que se presentaría después. Un congreso era un hecho aislado, no eran frecuentes los contactos interdisciplinarios, no se realizaban paneles de debates. Cuando surgía la controversia verbal en algún congreso, solía ser dura, frecuentemente agresiva, buscándose más que la convergencia racional, el aplastamiento del adversario. Era, tal vez, el reflejo de un mundo político de enfrentamientos profundos en el Occidente de la posguerra, en la Argentina del peronismo y del posperonismo. Nos parecía que esa era la "sociedad posible" en la que debíamos actuar.

Entre tanto, mi disciplina se consolidaba en torno al eje jurídico, con particular atención a las fuentes del derecho y las instituciones. Por entonces se abría un profundo foso que la separaba de la historia socioeconómica. Eran los tiempos en que se leía a Marc Bloch como enemigo de la historia jurídica (hoy, en cambio, se le ha llegado a considerar como un excelente historiador del derecho medieval) y en que Fernand Braudel predicaba diálogos con todas las disciplinas, menos con el Derecho. Para algunos, la historia socioeconómica era la historia de la realidad, la historia del derecho la historia de la formalidad.

Mi formación, como ya lo expliqué, se desarrolló dentro de la Historia del

Derecho argentino y americano y en el único ámbito donde esa disciplina se cultivaba con solidez científica, el Instituto que dirigía Levene en la Facultad de Derecho. Fue allí donde inicié estrechas relaciones intelectuales y de amistad con quienes ya se destacaban como historiadores, principalmente con Ricardo Zorraquín Becú y José M. Mariluz Urquijo. Ellos también aplicaron las ideas políticas y jurídicas en sus estudios histórico-jurídicos.

El clima intelectual del Instituto fue decisivo en mi formación como historiador del derecho y también para aquilatar el valor que cabía asignar al estudio de las ideas. Fue decisivo en lo que hace al marco social que debe atender el historiador del derecho, pues allí resonaban los ecos sociológicos de Juan A. García y del propio Levene. Fue también decisivo para ayudarme, en un clima de libertad intelectual, a desplegar el estilo y la personalidad individual. Soy de los que sostienen que en todo intelectual hay una parte considerable de "formación autodidacta", es decir de búsqueda de vías nuevas o diversas, no indicadas por los maestros. Esto es lo que permite a los discípulos configurar su propia personalidad. Lecturas, elección de temas y líneas de investigación, incorporación de nuevos criterios metodológicos forman parte de ese patrimonio forjado por cada uno.

El prestigio internacional adquirido por el Instituto de Levene -que continuó después de su muerte en 1959- y las visitas frecuentes de estudiosos extranjeros hicieron que la vinculación con entidades e historiadores que cultivaban la disciplina fuera relativamente fácil. De todos ellos, sin duda, el más importante para mi formación fue Alfonso García-Gallo, catedrático madrileño de Historia del Derecho y destacado especialista de derecho indiano. Lo conocí en Buenos Aires en 1964 y fue mi último "gran maestro". Si su influjo a través de sus cursos y obras fue considerable, cabe aquí consignar la menor atención que dispensaba a las ideas jurídicas.

*4. Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?*

Mi labor de investigación es estrictamente individual. Nunca he realizado, propiamente dicha, una labor en equipo, aunque sí he participado en obras colectivas. Esto no significa desdeñar la tarea en equipo, donde es posible a veces llevar a cabo planes de investigación difícilmente alcanzables de otra manera. Tampoco es mi modalidad de trabajo someter mis manuscritos a los colegas. Lo he hecho sí con mis trabajos juveniles. Eso sí, siempre he dado a conocer el tema de trabajo y sus posibilidades y lo he discutido con los colegas. De ellos he recibido mucha ayuda en materia de datos bibliográficos y documentales. Es justicia señalar en este punto que en nuestro círculo, ha sido el doctor Mariluz Urquijo quien ha proporcionado a mí y a otros colegas, infinidad de datos, pistas y libros de su rica biblioteca americanista.

Siempre he considerado necesario alternar la actividad de investigación con otras que nos pongan en contacto con la vida de nuestro tiempo. Quienes tenemos

por profesión la investigación científica, es buena combinación la actividad docente en la misma disciplina. Ella obliga a buscar unos horizontes más amplios que aquella naturalmente reduce; ella obliga a saber plantear los problemas para exponerlos en forma asequible a los estudiantes; ella suscita dudas que estimulan a nuevas investigaciones. He recogido esta saludable experiencia desde mis 24 años de edad, como profesor de Historia de las Instituciones Argentinas y luego de Historia del Derecho Argentino. Una parte considerable de mi producción historiográfica se ha originado en las aulas. Estoy convencido que sin esa labor docente no hubiese escrito muchos libros y monografías.

No tengo por regla leer o no leer a otros autores cuando estoy entregado a la elaboración de un trabajo. Reconozco que en ocasiones que me exigían una mayor profundización de ciertas cuestiones, la lectura de determinados autores me ha sido útil para mejorar el plan de la obra en ciernes, para amarrar el capítulo en espera, o incluso para potenciar la redacción.

*5. Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?*

Podría quizás trazarse una "imagen ideal" del historiador de las ideas. No me siento en condiciones de hacerla, dada la multiplicidad de enfoques que caben dentro de la disciplina. Algunos de esos rasgos pueden deducirse del consejo que doy a los jóvenes con vocación para cultivarla. Quien lo haga debe moverse en amplios horizontes intelectuales, donde cabe la historia, la filosofía, la literatura, el arte, el derecho, etc. Las lecturas de libros deben ser abundantes, pero previo un adecuado proceso de selección. El análisis de los textos debe hacerse en permanente vinculación con la vida social de cada época, cultivando un especial sentido para su comprensión mediante el sentido global que del mismo texto emana y mediante el examen particular de sus conceptos y vocablos claves. Mucha atención hay que prestar al significado y alcance de ciertas expresiones y vocablos que, según las épocas y países, han experimentado profundas modificaciones. Por ejemplo, "libertad de comercio", "república", "colonia", y hasta "derecho" y "justicia".

*6. Cuáles, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?*

Mi condición de cultivador de un sector de la historia de las ideas hace que no me considere en las mejores condiciones para hacer un diagnóstico sobre la situación de la disciplina en general, ni tampoco ocuparme de sus debates internos. Como núcleo vital que alimenta toda visión del pasado, es difícil -y hasta inconveniente- acotar su campo con precisos límites. En su contenido hay una "creadora imprecisión", que arranca desde su misma denominación.

Me parece interesante señalar que se advierte en estos últimos años un mayor

interés, entre los historiadores-juristas, por el cultivo de la historia del pensamiento jurídico, superándose una antigua concepción que restringía ese campo a las doctrinas filosóficas y iusfilosóficas. A tal punto esta tendencia ha ganado espacio que una de las revistas histórico-jurídicas de mayor prestigio en Europa es *Quaderni Fiorentini per la Storia del Pensiero Giuridico Moderno*, editada por el Centro que, en Firenze, dirige el profesor Paolo Grossi.

7. *Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?*

En la respuesta quiero remarcar el sentido que tiene la pregunta. No apunta a determinar los mejores libros, ni los que hoy tengo por tales. Pretende establecer cuáles fueron los que más impactaron en el momento de su lectura y consecuentemente tuvieron papel importante en mi formación intelectual y posteriormente en la configuración de las líneas de investigación. En efecto, los libros, cuando deslumbran o impactan, complementan -o a veces suplen- la presencia del maestro. Cuando no se llega a tratar personalmente al autor, constituyen parte del aprendizaje autodidacto, que me parece muy importante en la etapa formativa.

Los libros y escritos que citaré no constituyen, en su mayoría, precedentes concretos de mis líneas de trabajo. Algunos sí tuvieron influjo parcial, pero ninguno fue determinante. Lo que es significativo es el conjunto. Sin ellos posiblemente no hubiese realizado la obra historiográfica, al menos como la desarrollé.

Me limitaré a ofrecer una muestra selectiva, con el temor natural de incurrir en omisiones. De mi época de formación básica, citaré libros y escritos de José Ortega y Gasset y en su misma línea, obras de Julián Marías, especialmente en cuanto al mundo de las creencias e ideas y a la teoría de las generaciones. *Las ideas políticas argentinas* de José Luis Romero me atrajo por sus conceptos y su estilo. También por entonces hice la primera lectura de una obra fundamental: *El Estado en el Derecho Indiano. Epoca de fundación (1492-1570)* del chileno Mario Góngora. En 1951, año de su publicación, pone de resalto a la mentalidad jurídica como elemento esencial para comprender la etapa fundacional de la colonización española.

Y en esta dirección, cómo no recordar aquel exquisito libro de Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, un precursor de lo que se llamaría historia de las mentalidades. La página que dedica al casuismo, dominante en diversas esferas de la vida ¿no pudo acaso ser un primer impulso para mis trabajos posteriores en esa línea?

Fue también temprana la primera lectura que hice de la *Historia del Derecho Privado de la Edad Moderna* del iushistoriador alemán Franz Wieacker. El entendía la materia como historia del pensamiento jurídico y de los efectos de éste sobre la realidad. Algo más tarde, el breve ensayo de T. Viehweg, *Tópica y Jurisprudencia* y los escritos medulares de Helmut Coing me ayudaron a pensar y a construir mis propios peldaños.

Párrafo aparte merece José Antonio Maravall. De su abundante producción, articulada sobre una línea de historia social centrada en las mentalidades, destaco dos obras de alta calidad: *Antiguos y Modernos*, y *Estado Moderno y Mentalidad Social. Siglos XV a XVII*, que fueron significativas en mi etapa tardía de formación.

Cuando al promediar los años '60, empecé a ocuparme, primero en los cursos universitarios y luego en el libro de las ideas jurídicas en la Argentina durante los siglos XIX y XX, los escritos de Diego F. Pro y de Arturo A. Roig me ayudaron a construir el esquema intelectual. Del primero recuerdo ahora su estructura generacional del pensamiento argentino (siempre he considerado a las generaciones como elemento-clave en la comprensión de la historia de las ideas), y del segundo, especialmente su libro *Los krausistas argentinos*, que permite avizorar el fenómeno de los movimientos de ideas secundarios que nunca prevalecen frente al pensamiento dominante, pero lo condicionan, matizan sus efectos y hasta sirven para preparar un cambio en el futuro. Los escritos de Pro y Roig me interesaron mucho además porque fueron los que en esos años más se acercaron a un estudio de las ideas en el sentido que yo deseaba aplicar en el campo histórico-jurídico.

De tiempos recientes, cabe mencionar la obra del español José Luis Abellán, *Historia crítica del pensamiento español*, que a partir de 1979 se ha venido publicando en cinco volúmenes. Se trata de un enorme esfuerzo para trazar una visión de conjunto, que llega hasta el siglo XX. No es una mera historia de doctrinas. Están contenidas las principales líneas del pensamiento hispano, aunque hubiese sido deseable mayor espacio para el tratamiento de lo hispanoamericano.

## OSCAR TERAN

Profesor de Filosofía, graduado en la Universidad Nacional de Buenos Aires, y Master en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México. Es Profesor Titular de la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA e investigador del CONICET. Dirige el Programa de Historia de las Ideas, Intelectuales y Cultura en la Argentina, con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani. Obtuvo las becas otorgadas por el Social Science Research Council, y la Rockefeller Foundation, con sede en el Departamento de Español y Portugués de la University of Maryland, EE.UU. Es autor de: *Aníbal Ponce: el marxismo sin nación* (1982); *América Latina: positivismo y nación* (México, 1983); *Discutir Mariátegui* (México, 1985); *En busca de la ideología argentina* (1986); *José Ingenieros: pensar la nación*, (1987); *Positivismo y nación en la Argentina* (1987); *Nuestros años sesentas* (1991 y 1993); *Michel Foucault: discurso, poder y subjetividad* (en prensa); *El pensamiento de Alberdi, estudio preliminar y selección de textos* (en prensa); Volumen colectivo sobre Pedro Henríquez Ureña para la colección *Archives...* (en prensa). Ha publicado numerosos artículos en revistas científicas y culturales de nuestro país y del extranjero.

1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*
3. *Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?*

Creo que en mi caso esa formación y transformación estuvieron habitadas por una triple tensión: la filosofía, la práctica política, la historia de las ideas. Para que se comprenda más fácilmente, diré que un núcleo fundamental de mi constitución intelectual se genera en el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras porteña entre 1959 y 1966, donde curso la carrera de filosofía. Cuando digo "ámbito" quiero aludir no a los marcos estrictos de esa institución, sino a un espacio más amplio del que esa facultad formaba parte y que define en términos generales el entramado cultural de los *sixties* en la ciudad de Buenos Aires. Sin duda que en mi caso la centralidad de la experiencia intelectual estuvo instalada en el edificio de Viamonte 430, pero algunos de los estímulos teóricos que hasta allí llegaban provenían de otras instancias no siempre fácilmente discernibles. Yo diría que en ese momento la práctica filosófica se "contamina" con la política y con las disciplinas sociales. Con la política, para lo cual contribuían tanto el escenario internacional (con Cuba en el horizonte más cercano) como el local (centrado en "la cuestión peronista"). Esta pregnancia de la política se comunicaba inmediatamente con "lo social", coincidentemente con la creación de las carreras de psicología y sociología en la misma sede universitaria, las que configuraron -junto con la expansión de la historia social- un espacio propicio para la articulación de la filosofía con lo "real", con "lo concreto".

Quiero decir empero que mi búsqueda estuvo "disparada" por preocupaciones metafísicas a través de un existencialismo que terminaba siendo sartreano, pero en cuyo hilván se entretejían tanto el Camus de *El mito de Sísifo* y el Kierkegaard del *Diario íntimo* como el Heidegger de *Ser y tiempo* (recuerdo muy vívidamente el impacto que significó la lectura del libro de De Waehlens, que prometía tomar accesibles las zonas teóricamente más tortuosas de este último libro). Luego, la versión humanista y en clave guerrera que de Hegel había realizado Kojève, que ofició tal vez de pasaje hacia el marxismo, así como la fascinación por *Historia y conciencia de clase* de Lukács (especialmente su capítulo sobre la reificación y la conciencia del proletariado), que Kostas Axelos y el grupo Arguments acababan de traducir al francés, hasta desembocar en el joven Marx y sus manuscritos del 44, provechosamente acompañados por los comentarios del jesuita Jean-Yves Calvez. *El capital* quedaría para 1965 aproximadamente, bajo la impronta de *Pour Marx* y *Lire Le capital*, aunque para la recepción de Althusser me confronté con un obstáculo epistemológico y otro de diverso tenor: en el primer aspecto, mi posicionamiento "humanista" frente a los avances del estructuralismo, y en el otro el golpe militar de 1966 (que implicó entre tantas cosas la disolución del grupo de lectura de *El capital* que poco antes había empezado a funcionar en el Instituto de Filosofía con la coordinación de Nelly Schnaith).

Pero para que se tenga una imagen más precisa de la relación entre esas demandas y el marco académico (tratando de precisar el fenómeno de aquella hoy mítica universidad, y apelando a la memoria y a la revisión de los programas de las materias que entonces cursé), observo que durante el período 1960-1966, si bien existencialismo y marxismo conformaban el "horizonte teórico irrebasable" de muchos estudiantes, fueron empero escasísimos los cursos o seminarios que incluían la lectura y análisis de los textos de Sartre o de Marx en la carrera de filosofía.

En este preciso punto es donde intervienen otras determinaciones, que tienen todo que ver con la insatisfacción por el "idealismo" de la filosofía, muy conscientemente expresado mediante la protesta contra esa filosofía que se nos mostraba como desprendida de todo vínculo digamos "material", digamos "social", digamos "histórico"... Entonces decidí cursar simultáneamente la carrera de Historia, emprendimiento que hasta 1966 iba cumpliendo. Fue cuando descubrí que entre los estudiantes de historia existía el mismo reclamo no satisfecho por "lo social". Pero también descubrí Historia Social General y muy especialmente Historia Medieval, ambas dictadas por José Luis Romero. Muy especialmente porque el último punto del programa desarrollaba en ese año de 1962 el problema de la naciente mentalidad burguesa: las ideas de naturaleza, del hombre, de la vida, de las formas de la sensibilidad... Yo había leído con placer la historia de la filosofía medieval de Gilson, sobre todo allí donde introducía para cada período el marco cultural más amplio, pero con Historia Medieval quedé doblemente fascinado: por el *pathos* historiográfico y docente que animaba a Romero, especialmente en sus *ex cursus*, donde su palabra se articulaba sonoramente hasta la construcción final de admirables *tableaux* epocales, y por esa

bibliografía en la que convivían Pirenne, Mumford, Bühler, Duby, Le Goff... Y sin embargo, cuando el propio Romero me propuso integrarme al Centro de Historia Social con el expreso propósito de especializarme en la historia de las mentalidades medievales, decliné esa indudable distinción porque seguía creyendo en la filosofía y en la política, esto es, en que hay verdad y en que esa verdad puede implantarse en una realidad que es la del propio país donde se ha nacido. Estos fueron, pues, los estímulos intelectuales "altos", tanto locales como extranjeros, que puedo evocar, además de aquella elevada biblioteca de Viamonte que prometía delicias y saberes sin fin.

Estuvieron por fin otros influjos y desafíos encarnados en la generación intelectual que nos precedía. En este sentido (y lo relato porque creo que es significativo de una deriva no sólo personal, y agrego que "deriva" debemantener todo su valor polisémico), mis conexiones con esos grupos de jóvenes intelectuales ya relativamente consagrados comenzaron de manera tan gratificante como frustrada en relación con la revista *Cuestiones de Filosofía*, que editaba el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, a la cual presenté un trabajo sobre el marxista francés Roger Garaudy, que fue objeto de una larga discusión con el *staff* de aquella revista (Masotta, Verón, León Sigal, Lafforgue, Galmarini). Recuerdo que la polémica fue especialmente intensa con Eliseo Verón, que se oponía a ese artículo en el cual se mezclaban en una matriz de marxismo humanista aquellas lecturas luckasianas con otras provenientes sobre todo de Heidegger, lo cual arrojaba un precipitado en donde la distinción ciencia/ideología (para decirlo rápidamente) se diluía. Finalmente, y por esas diferencias teóricas, el artículo no fue aceptado, pero hallé condiciones propicias para publicarlo en la naciente revista *La Rosa Blindada*, que en su título mismo daba cuenta del cambio no sólo de los tiempos sino también de la creciente modificación de mi propia relación entre teoría y política.

Diez años después, años en los cuales la política había predominado nitidamente sobre la teoría, la catástrofe del 76 indujo que esta "formación intelectual" experimentara una torsión que entonces no percibí. Brevemente, diría que fui pasando de la filosofía a la historia de la filosofía, y de la historia de la filosofía a la historia de las ideas. Creo que es una manera de decir con Nicholas Rescher que me fui haciendo no escéptico pero sí falibilista.

*2. Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?*

Esta cuestión desearía enlazarla con lo arriba señalado en cuanto al tipo de pasaje que percibo entre la filosofía y la historia de las ideas. Y esto tiene que ver nuevamente con la política. La derrota catastrófica de un proyecto de transformación revolucionario de la sociedad argentina, y el exilio que en mi caso la sucedió, indujeron una caída de aquella verdad que hasta entonces había colocado en el marxismo. Entonces me planteo comprender algunos fenómenos de constitución de la domina-

ción en la Argentina y la historia de algunos de sus intelectuales desde el punto de vista de la eficacia de lo simbólico y tratando de relativizar la "última instancia". Luego supe que ese mismo camino lo estaban recorriendo otros apelando ya sea a Gramsci, ya a Raymond Williams, ya a Bourdieu, en un registro que por ende se conectaba fuertemente con la historia de la cultura. Mi encuentro con Foucault, especialmente con el Foucault de *Historia de la locura* y de *Vigilar y castigar*, me permitió operar este tránsito sin abandonar ciertas matrices más amplias de la reconstrucción de sentidos en la historia. Es preciso recordar que entonces las investigaciones foucaultianas se estructuraban en torno de la conexión entre poder y verdad, lo que conducía a la necesidad de elaborar una historia política del saber. En mi caso, ambos términos del binomio se habían tornado problemáticos. Mi saber -esto es, el marxismo- estaba en crisis, y la política mostraba el trágico fracaso del proyecto revolucionario de los años setentas. Aquel Foucault podía ser pasible de una estrategia que reconociera la insuficiencia de las respuestas del marxismo y al mismo tiempo mantuviera como válido parte del terreno sobre el cual este último había organizado su problemática. Y aunque todavía en *La arqueología del saber* pesara la tendencia a la intratextualidad, de todos modos era posible saludar en este libro la aparición del llamado "principio de exterioridad", que postulaba la relación del enunciado con acontecimientos técnicos, económicos, sociales y políticos. Resultaba alentador por ello observar cómo esa batería conceptual estaba puesta al servicio de la construcción de una historia de esta "sociedad de normalización", máxime cuando era innegablemente productivo leer por ejemplo los escritos criminológicos y psiquiátricos del positivismo argentino y mexicano a la luz de las sospechas foucaultianas. Era difícil entonces escapar a la adhesión casi incondicional a ese libro arbitrario y admirable que es *Vigilar y castigar*, en el cual no podía discernir las marcas de "irracionalismo estetizante" y "populismo negro" que Carlo Ginzburg llegaría a atribuirle. Podía encontrar otra familiaridad en el intelectual francés: la piedra de toque de estas postulaciones, Foucault proseguía demandándolas a la historiografía, y por eso sus investigaciones lo habían colocado en una zona fronteriza entre la filosofía y la historia. En la historia de la filosofía el intelectual buscaba así desatar el nudo que no había podido cortar la filosofía de la historia. Años después leí un reportaje a Paul Veyne donde éste describía su propio pasaje desde la filosofía a la historia en el que también era posible hallar una inspiración: incapacidad y hastío hacia el concepto; necesidad de observar la materialización de las ideas en la cultura...

Así respondo en parte a la pregunta por las tradiciones intelectuales. Sólo a título ejemplificativo, quien lea la primera versión de mi trabajo sobre Ingenieros, publicado por Siglo XXI (luego a mi entender "mejorada" en la edición de Alianza), no podrá dejar de percibir que la marca de cierto espíritu estructuralista y sobre todo foucaultiano es allí notoria, y a veces sin duda excesiva.

En cuanto a las tradiciones argentinas, forman parte ya de cierto clima y de algunas obras más directamente vinculados con la historia de las ideas o de la cultura, por lo cual prefiero remitir para esta cuestión a la última respuesta.

4. *Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?*

En México encontré un conjunto de situaciones realmente afortunadas para mi tarea intelectual: una condición laboral privilegiada en las instituciones educativas (especialmente medida con parámetros argentinos), una visibilidad aquí inexistente hacia lo "latinoamericano" (allí curso mi maestría en estudios latinoamericanos) y un grupo de exiliados argentinos con los cuales compartir los estupores políticos y teóricos (recuerdo como fecundas las reuniones mensuales de la llamada Mesa Socialista y las prolongadas charlas con Pancho Aricó y Oscar del Barco). No obstante, el desprendimiento del medio al que esas reflexiones se dirigían y la separación de quienes desde aquí intentaban con enormes dificultades proyectos análogos (me refiero sobre todo al "grupo *Punto de Vista*", que conocería desde México) creo que fomentaron una omnipotente e ignorante tendencia a elaborar de modo demasiado desprendido de controles y críticas. Los diez años transcurridos desde mi retorno en igual cantidad de años de estabilidad institucional me han permitido corregir en parte ese defecto, y últimamente trato de discutir mis trabajos en diversos ámbitos. El Programa de Historia de las Ideas que dirijo en el Instituto Ravnani es en ese sentido un importante reducto. Combino en efecto mi tarea con la docencia, y creo que ambas prácticas se retroalimentan a veces provechosamente, aun cuando el exceso de cargas docentes *pane lucrando* conspira de manera a veces brutal contra la disponibilidad de espacio y clima propicio para la investigación.

Me parece natural leer a otros autores y sobre todo no directamente vinculados con la bibliografía sobre la disciplina (para no incurrir en el riesgo de convertirme en lo que Hegel llamaba un "animal espiritual"). Las últimas lecturas filosóficas creo que se preguntan tanto por la modernidad como por la escritura y la lectura (Derrida, Wittgenstein, Habermas, otra vez Heidegger). En cuanto a las literarias, pienso que forman parte de un estímulo indirecto; creo también que es un modo de eludir el temible hastío que amenaza a una vocación cuando se va convirtiendo en un oficio. Por ejemplo, y bajo la incitación de Steiner y de la figura apocalíptica y demasiado argentina del "desaparecido", he leído o releído últimamente algunas tragedias (Sófocles, Racine), y he vuelto a mirar el *Adolphe* de Benjamin Constant para detectar en esa novela un "aroma" del romanticismo que me faltaba a través de los textos teóricos cuando pensaba en algunas cosas para una presentación de Alberdi de la editorial Ayacucho. Y por fin están los libros que realmente se leen "porque sí", en busca del puro placer del texto y sin el lápiz en la mano. Fantaseo entonces con escribir una *nouvelle* cuyo personaje me gustaría que fuera Diego Alcorta, el primer profesor de filosofía de la universidad de Buenos Aires, a quien imagino enseñando en aulas desiertas la doctrina de los *idéologues* en medio de la degollatina...

Acerca de las inspiraciones y del proceso creativo recuerdo, en el terreno de las ciencias llamadas "duras", cuando Watson (uno de los descubridores de la estructura

del ADN) relata creo que en *La doble hélice* el descubrimiento de esta "clave de la vida", y entonces describe un movimiento intelectual que se parece a cualquier cosa menos a un "método" prefijado: todo un deambular entre el laboratorio, el *pub* y una serie de lecturas erráticas, de vagabundeos intelectuales, de películas de dibujos animados... Y en un campo afín, una referencia de Robert Nisbet, para quien la elaboración sociológica de Durkheim habría mezclado la visión del hombre de ciencia con la del artista. Su idea rectora sobre la sociedad no la habría encontrado entonces examinando estadísticas de Europa: "Pudo haber arribado a ella en sus lecturas de Tocqueville, quien a su vez la dedujo de Lamennais, quien es posible que la tomara de Bonaldo Chateaubriand. O quizá provino de alguna experiencia personal: de algún recordado fragmento del Talmud, de una intuición nacida de su propia soledad y marginalidad, una migaja de experiencia parisiense. ¿Quién puede saberlo?". Todo esto tiene que ver con una creencia de fondo y que Aristóteles expresó de una vez y para siempre: en el mundo (y por ende en la historia) hay más cosas que palabras.

5. *Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?*

A este ideal de autor lo quisiera dotado de un conocimiento atinado de la historia económica y política de ese período, así como de la sociedad en que las ideas se producen. De lo contrario podría terminar por confundir las ideas con la realidad. Debería ser muy sensible a lo "material", a lo "real", para decirlo con términos que el "giro lingüístico" ha tomado vergonzantemente anacrónicos. Desde hace unas décadas, a la prepotencia de la "infraestructura" la sucedió de manera saludable el señalamiento de la eficacia de lo simbólico en la estructuración de sujetos, actores y procesos históricos y sociales. El uso de instrumentales lingüísticos y paralingüísticos tomó productivos los análisis de la cultura una vez que esta última dejó de ser concebida como una realidad vicaria o aun del "tercer nivel", según la caracterización de Chaunu en la línea de los *Annales*. En este momento, pienso sin embargo que es preciso eludir las tentaciones de un "pan-simbolismo" que torna arbitrarios los procesos de constitución culturales históricamente datados. Por eso creo que un historiador de las ideas debería poseer una suerte de espíritu de lectura muy fino, para el cual no existen metodologías prescriptivas, pero sí avances en estilos de análisis de los textos o de los discursos que colocan límites a un afán interpretativista que desembocara en el "todo vale". Para sustentar esta postura es preciso entregar un rehén teórico: el mío consiste en postular que en todo texto hay "algo que resiste" y que la historia de las ideas es la historia de la relación entre lo que es cultura y lo que no lo es.

Me gustaría que se siguiera este camino ideal: cuando se advierte que no se entiende algo, entonces puede abrirse paso una indagación sobre un tópico o un momento cultural. Por ejemplo, ¿qué entendía un miembro de la élite letrada argentina hacia fines del XIX cuando escuchaba la palabra "democracia"?; por ejemplo, ¿por

qué Carlos Octavio Bunge está penetrado en sus cuentos de un espíritu decadentista que no se halla presente en sus ensayos sociológicos? Determinar esos sentidos implica adquirir un conocimiento preciso de las condiciones de esa sociedad y de esa época. Pero una vez que esos sentidos han sido detectados, ellos nos informan sobre esa sociedad y esa época. Podría decirse entonces que nuestra tarea no es describir cómo era Buenos Aires en 1895, sino cómo se lo representaban diversos observadores, que es un modo de describir cómo era Buenos Aires en 1895.

Asimismo, es imprescindible poseer un conocimiento amplio de los referentes culturales de otras partes del mundo para el período argentino que se esté indagando, ya que en culturas "derivativas" como la nuestra resulta sustantivo plantearse el problema de la traducción ("translación") de las ideas. Cuando digo "derivativas" utilizo un término que cada vez me conforma menos, aunque no encuentro otro que lo sustituya con ventajas; quiero aludir, en suma, al fenómeno que otros han metaforizado con las figuras del espejo "trizado", "invertido" o "enterrado", y los efectos de "refracción" (otro término impertinente) que nuestra cultura experimentaría respecto de sus referentes europeos. Esta cuestión fascinante puede sintetizarse en la pregunta ¿qué significa leer? y remitir a una antropología de la lectura. Preguntarse por ejemplo cómo leía Alberdi *La Nouvelle Héloïse*, en la línea del artículo de Darnton titulado "Los lectores le responden a Rousseau". Sería recomendable al respecto una periódica relectura del *Pierre Menard* de Borges... Me gustaría mucho por fin que ese autor ideal escribiera bien, aunque entonces quizás ya no sería un simple historiador de las ideas sino la Yourcenar escribiendo las *Memorias de Adriano*...

6. *Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?*

Parecería ser, al menos en la Argentina, una situación paradójica. Por una parte, es una disciplina que en las últimas décadas ha adquirido un prestigio intelectual notorio en el mundo académico europeo y norteamericano. La historia de las mentalidades o de las formas de representación (de la muerte, la sexualidad, la cosmovisión de un molinero del siglo XVI, etc.) han adquirido así expectabilidad y producido textos notables, seguramente en una línea que no es novedosa pero sí más frecuentada. Por otra parte, al no contar con líneas de abordaje canónicamente perfiladas, se producen sospechas respecto de la verosimilitud de sus productos, lo que hace oscilar estos trabajos entre monografías atenuadas a una suerte de glosa de las fuentes e interpretaciones pretendidamente más ricas pero que resultan de difícil no digamos verificabilidad pero sí "contrastabilidad". Entre nosotros esto se halla exasperado por una fuerte impronta económico-social de los estudios historiográficos, que cuando no se halla balanceada por actitudes pluralistas genera en la corporación de los historiadores una actitud entre temerosa y burlona hacia la historia de lo simbólico. Cierto es que se trata de disputas demasiado típicas dentro del campo intelectual y que no conducen más que a una mentalidad de aduaneros siempre listos

para vigilar que no se invadan sus fronteras.

Parecería que existe una suerte de "debate implícito" entre diversas maneras de practicar esta disciplina: apelando al horizonte para mí poco productivo de la "filosofía latinoamericana"; colocando el acento sobre lo ensayístico; intentando análisis inspirados en la sociología de la cultura, la crítica literaria, la historia de los intelectuales... Y creo que si ese debate es "implícito" se debe a un rasgo más general de la cultura argentina (y en rigor más extendido), consistente en la división de esferas (y a veces de feudos) de competencia intelectual que se desarrollan en paralelo y por ende sin confrontación.

7. *Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?*

Voy a ser seguramente injusto en el reconocimiento de mis enormes deudas intelectuales. Ellas fueron contraídas a lo largo de varias décadas, y en los últimos años a veces en medio de la voracidad inducida por bibliotecas como la del Congreso de Washington o la universitaria de Jerusalem. Además, no me siento capacitado para justificar en todos los casos el porqué de estos impactos, especialmente debido a que son de diferente tenor y correspondientes a períodos muy diversos: no sé qué pensaría hoy, por ejemplo, de la citada historia de la filosofía medieval de Gilson, que en mis épocas de estudiante me parecía ejemplar. Como ejemplar me sigue pareciendo la *Paideia* de Jaeger. Puedo recordar asimismo el profundo impacto de la lectura de *Mimesis*, de Auerbach, o el placer intelectual generado por *El otoño de la Edad Media* de Huizinga, o la impresión por la inteligencia con que Koyré trasladaba a la cultura las repercusiones de la concepción cosmológica de Galileo. Es cierto que desde la crítica del posmodernismo debería releer el libro de Paul Hazard que tanto me había gustado sobre la crisis de la conciencia europea; así como después de Bachtin debería hacerlo con el de Febvre sobre Rabelais. Lo he hecho con el de Cassirer sobre la filosofía de la Ilustración, y me sigue pareciendo un escrito admirable, tanto como la monumental indagación puesta en práctica en *La disputa del Nuevo Mundo* por Antonello Gerbi o el seguimiento preciso de las representaciones del campo y la ciudad en Williams. No puedo dejar de mencionar ni los trabajos de Ariès sobre los modos del morir, ni de Mario Praz acerca de la "carne", ni los de Damton recopilados en *La gran matanza de gatos*, ni -más atrás otra vez- el recorrido de la cultura filosófica alemana desde Kant hasta Nietzsche magistralmente realizado por Karl Löwith, ni -pese a su "frankfurtismo"- el clásico de Norbert Elias. Más recientemente debo reconocer la envidia generada por *El queso y los gusanos* (no sólo hacia Ginzburg sino también hacia ese Menocchio cuyo *análogon* me hubiese gustado que existiera en algún pliegue de la cultura argentina...).

En nuestra área el riesgo de ser injusto es más temible, pero no quiero dejar de reconocer lo que me enseñaron la recorrida de Alejandro Korn por la historia de la filosofía argentina, algunos trabajos de Bernardo Canal Feijóo, cierto formidable

capítulo de José Luis Romero en la *Historia de las ideas argentinas en el siglo XX* y la construcción del relato sobre las ciudades latinoamericanas, o el de Natalio Botana sobre Alberdi y Sarmiento y sin duda diversos textos de Halperín Donghi sólo en parte recopilados en *El espejo de la historia*, así como indagaciones precisas de Félix Weinberg o Arturo Roig, algunos brillantes artículos del uruguayo Real de Azúa sobre la cultura finisecular y la no menos brillante obra de su compatriota Angel Rama, o las pioneras intervenciones de David Viñas sobre literatura argentina y política, o el más reciente libro de Adolfo Prieto sobre el criollismo o sobre cultura y modernización en Latinoamérica del puertorriqueño Julio Ramos. Por fin, para mezclar géneros, ¿por qué no la *nouvelle* de Rivera sobre Castelli en *La revolución es un sueño eterno*...

Existen libros y artículos más recientes que me parecen igualmente parte de la renovada productividad argentina sobre la disciplina, pero pertenecen a autores tan cercanos por diversos motivos que prefiero detenerme en los reconocimientos anteriores reiterando la seguridad de alguna omisión injustificable.

## HUGOVEZZETTI

Nació en Buenos Aires, en el barrio de Parque Patricios, en 1944. Graduado en Psicología en la Universidad del Salvador en 1967, desarrolló en esa misma casa de estudios tareas docentes hasta 1972. Psicólogo de sala en el Hospital Borda desde 1968 a 1976. Paralelamente practicó el psicoanálisis y la docencia privada en psicoanálisis. Integró el Consejo de redacción de la *Revista Argentina de Psicología* entre 1975 y 1981. Estuvo ligado desde su nacimiento a la revista *Punto de Vista* (1978) e integra el Consejo de Dirección desde su creación. Con la restauración democrática asumió como delegado normalizador en la Carrera -luego Facultad- de Psicología de la UBA, e ingresó al CONICET en 1987. Desde entonces abandonó la práctica profesional para dedicarse a la investigación y a la docencia. Desde 1990 es Profesor Titular de Historia de la Psicología. Es autor de *La locura en la Argentina* (1983); y ha compilado *El nacimiento de la psicología en la Argentina* (1988); y *Freud en Buenos Aires, 1910-1939* (1989).

### 1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*

Ante todo, veo a mi formación intelectual como más bien tardía (respecto de unos estudios universitarios enteramente inútiles) e inescindible del acceso a la política. Durante varios años después de mi graduación mis estudios y alguna escasa producción escrita estuvieron limitados a las áreas de mi actividad profesional. Recién hacia 1973, con algunas colaboraciones en *Los Libros*, incursioné en análisis histórico-ideológicos del campo de la "salud mental".

Desde comienzos de los setentas mis intereses intelectuales se orientaron paralelamente, de un modo intenso pero poco sistemático, hacia el marxismo y el psicoanálisis. Para reconstruir mi "formación intelectual" debo partir, entonces, de ese pasaje (verdadera crisis personal e ideológica) desde el ámbito recogido de la profesión a las búsquedas intelectuales proyectadas sobre la escena pública y orientadas por una voluntad política de transformación. En ese sentido, querría ver en mi labor historiográfica, desde entonces, las vicisitudes de una relación, no siempre directa, con la política. Llegué, a la historia como a un campo de lucha y si ese origen "silvestre" me aportó huecos formativos y las vivencias del advenedizo, también me alejó irreversiblemente de poder considerar la investigación histórica centralmente como el motivo de una carrera académica, algo que se me abrió bastante después y de un modo casi accidental.

Mis primeros artículos -enteramente olvidables- fueron la ocasión de un aprendizaje rápido, de acuerdo con la acelerada temporalidad de esos años. El materialismo histórico me aportaba herramientas y certezas en el examen del pasado de la disciplina psiquiátrica y el campo de la "salud mental", pero esos primeros textos no se separaban de una voluntad política: la escritura como *intervención* transformadora de las instituciones y los saberes. En todo caso, la historia de mis relaciones

cambiantes con los temas de la psiquiatría y la locura en la Argentina, con el marco de fondo de los cambios en el clima intelectual a lo largo de esos aproximadamente diez años hasta la publicación de mi primer libro (1973-1983) coincide con el itinerario de mi "formación" en historia. La escritura misma del libro (con algunos espacios de discusión de versiones y fragmentos en la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires y en *Punto de Vista*) fue mi mayor experiencia formativa, casi un ritual de pasaje hacia una condición de escritor que había llenado mis sueños cuando, casi adolescente, leía a Sartre.

Mi acceso a la historia como disciplina de pensamiento y de investigación estuvo, entonces, cruzada básicamente con esa doble referencia -la política y la vocación literaria- de un modo que se constituyó en una relación "sesgada", insegura, vicaria, con la disciplina, y que carga con la marca de esas aspiraciones frustradas.

## 2. Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Desde esos orígenes, la formación en collage se corresponde con la inmersión en la historia como un espacio de condensaciones.

Si debo referirme a *La locura en la Argentina* la mención obligada es el Foucault de la historia de la locura y la clínica, pero es imposible considerarlo como fundador de una "tradición intelectual"; en todo caso, llegaba a él desde una tradición marxista que no me parece ausente en el libro. Marx (*La ideología alemana*, en particular) y la radicalización política posterior al Cordobazo me despertaron de mi sueño profesional. Después estuvieron los autores que circulaban en los tiempos de ebullición intelectual que fueron esos años previos a la siniestra inmovilidad, pública al menos, que sobrevino con el golpe de 1976. Algunos de ellos venían del campo del psicoanálisis (Octave Mannoni), o se cruzaban con él (como Foucault, Canguilhem, Althusser o Starobinski), con un efecto "centrífugo" hacia las instituciones y los saberes. Y buscar en el pasado las claves del presente era algo que había aprendido, antes que nada, leyendo a los trabajos de análisis cultural de Freud en un marco de inteligibilidad que por bastante tiempo estuvo dominado por la presencia hegemónica de Marx.

Después, como ya dije, las sucesivas versiones de la que sería mi primera obra fueron, creo, el ejercicio de una suerte de formación originaria; y el centro de esa empresa, creo otra vez, fue el intento de desarmar ese bloque de condensaciones anudados en el marxismo. Donde se me señaló un humor foucaultiano prefiero ver un enredado ajuste de cuentas con el marxismo y, de modo simétrico a mis comienzos intelectuales, ese ajuste debió pasar por el registro político antes de precipitar sus efectos propiamente "teóricos".

Cuando escribí *La locura en la Argentina* no sabía que estaba haciendo historia de las ideas y como Monsieur Jourdain necesité de la ilustración de los especialistas para enterarme. Prefería considerarme un "ensayista" aunque pronto advertí que la

ambigüedad de límites y la diversidad de objetos de la historia de las ideas venía bien a mi condición de bricoleur. En cuanto a mi producción posterior, prefiero pensar, más que en tradiciones, en una trama variable de autores y textos que dependen mucho de mis propios temas. Tiendo a aferrarme a los problemas particulares (que obviamente son bien distintos cuando se trata de la historia de la locura, del amor y la familia o del freudismo) y no veo en ese nivel ninguna convergencia de enfoques, sino más bien una marcha por desvíos y separaciones. En todo caso, los *temas* y los *problemas*, más que los autores, orientan decididamente la formación del corpus bibliográfico.

En todo caso, tengo clara mi relación y mi deuda con un núcleo de intelectuales argentinos con los que me siento unido, por una parte, por el suelo "profundo" ("generacional" debería decir, aunque no es un problema de edades) de una historia ideológica e intelectual con elementos comunes: identidad de izquierda, derrotas y parecidas cicatrices, trabajosos procesos de revisión crítica de variadas procedencias dentro de la tradición marxista-leninista. Pero, en segundo lugar, con ellos he anudado una relación de trabajo, de debates y de empresas comunes en un ejercicio de indagación de la historia cultural e intelectual argentina que no se despega de las búsquedas y las intervenciones sobre el presente. En el núcleo de *Punto de Vista* y sus colaboradores más habituales se concentran esas relaciones, sobre las que volveré en la pregunta siguiente.

### 3. *Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?*

La apertura hacia la historia, entonces, estuvo directamente ligada para mí al encuentro con el marxismo, hacia 1971, en un clima de crisis institucional que abarcaba tanto la Facultad de Psicología del Salvador, en la que enseñaba entonces, como las consecuencias y las mucho más importantes repercusiones públicas de la fractura producida en la Asociación Psicoanalítica Argentina. Mantenía un "interés" de aficionado por la historia que venía de antes, pero en ese clima y en esa tradición encontré un primer "paradigma": desenmascarar la ideología de clase en la producción psiquiátrica. *Moral burguesa y revolución* de Rozitchner (un examen de la ideología contra-revolucionaria de los anticastistas capturados en la frustrada invasión de Playa Girón) me ofrecía un modelo. Otro libro, descubierto algo después, importante en esas búsquedas (del que creo que quedó alguna marca en *La locura en la Argentina*) fue *Literatura argentina y realidad política* de David Viñas. Pero por entonces las "ideas" estaban lejos de constituir un objeto autónomo de la indagación histórica; era la materialidad de las instituciones y las prácticas psiquiátricas lo que buscaba a la vez desentrañar y cuestionar.

Un momento de giro fundamental se produjo, en ese sentido, en los años de la dictadura. Distanciado drásticamente de esa relación más inmediata entre investigación y lucha política, sepultado el voluntarismo y cerrado el acceso a la universidad,

fueron años en los que se hizo posible para mí una labor intelectual, desacelerada respecto de los ritmos de la política, y en la que, además, la derrota de las ilusiones y la ausencia de una garantía teórica "externa" exigía refundar con autonomía y eficacia el registro de los saberes y de los problemas.

No tuve maestros y eso se puede entender por mi trayectoria anterior, por mi propio acceso tardío a la disciplina histórica y, sobre todo, por los modos de ese acceso. Por otra parte, la coexistencia no siempre fácil con la formación y la práctica en psicoanálisis (hasta hace unos años), y las condiciones que la dictadura imponía a la vida intelectual no contribuían justamente a ninguna integración en sentido disciplinario, de modo que, comparativamente al presente, mis trabajos eran resultado de una labor bastante solitaria.

La más importante formación de ese período -decisivo para mi perfil actual- fue la relación de discusión e intercambio con mis compañeros de *Punto de Vista* y el propio material de la revista que fue -y sigue siendo- mi principal espacio de descubrimiento de nuevos autores y temáticas. Entre esos descubrimientos se destacó la lectura (tardía, como de costumbre, en cuanto a sus efectos sobre mi trabajo) del prólogo de Tulio Halperín Donghi a *Proyecto y construcción de una nación*.

*4. Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?*

No tengo método. En general me es imposible trabajar con continuidad en mis temas de investigación. En parte por razones prácticas (tareas docentes y otras exigencias de escritura) y en parte por modalidades personales, tiendo a producir abordajes intensivos (en términos de lectura, fichaje y escritura) seguidos de períodos en los que dejo "reposar" el producto; luego vuelvo sobre él para ampliar, corregir y reescribir. Suelo discutir los trabajos en el espacio de *Punto de Vista*, a lo que se añade, en estos últimos años algunos espacios abiertos en el ámbito académico. Dentro del espectro de mis intereses, leo toda clase de cosas y a veces encuentro "inspiración" para mis objetivos de investigación en obras o autores alejados temática o metodológicamente de los temas que estoy trabajando. Pero también, a menudo, esa "importación" no resiste la prueba de la confrontación con el tejido de lecturas, relaciones y construcciones interpretativas que es la forma misma de la producción historiográfica.

En todo caso, la instancia decisiva es la de la escritura, o más bien debería decir de las interminables y angustiantes reescrituras. En ese momento, el de la construcción de significaciones para un "material" siempre complejo e inabarcable, se me acentúa el elemento de ficción, presente en toda historia. Soy sensible a la dimensión literaria, propiamente estética de la escritura (desde donde procuro resistir la presión barbarizadora del paper académico) y tiendo a pensar mi producción siempre en relación con mis textos y autores favoritos.

*5. Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?*

No tengo muchas ideas al respecto, y mi itinerario formativo trabajoso y desviado se me aparece más bien como un ejemplo de lo que no hay que hacer. Pero si la historia de las ideas se constituye hoy como un campo de encuentros y de tensiones múltiples (historia social y sociología de los procesos simbólicos, antropología y análisis cultural, crítica e historia literaria, historia del pensamiento y de las disciplinas, arqueología de los saberes y exploración de los imaginarios colectivos, biografía intelectual y psicoanálisis aplicado) parecen recomendables cierta erudición y familiaridad con las tradiciones letradas, una disposición abierta a la riqueza y complejidad de lo simbólico y la capacidad para encontrar un equilibrio -siempre precario- entre la focalización en las fuentes y la dispersión de la conceptualización, entre la variedad y necesaria heterogeneidad de los elementos de la trama y el orden de la construcción narrativa. Prefiero no seguir una enumeración de exigencias intelectuales (en la que cualquiera puede ver, precisamente, la exhibición de lo que me falta) que van a contramano de los humores culturales de estos tiempos y pueden terminar haciendo equivaler la posición de un historiador de las ideas a la de un crítico contracultural.

*6. Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?*

No me siento capaz de ofrecer un panorama general de un campo disciplinario que, como ya dije, posee contornos difusos y convoca a un conjunto de disciplinas; por otra parte, mi relación con ese campo está delimitada por intereses unilaterales y por la persecución de problemas específicos en el trabajo de investigación y no ha sido impulsada por la formación en -y la adscripción a- una "especialidad".

No veo nada parecido a un "paradigma" historiográfico en la materia (y espero que eso siga así) sino más bien una proliferación de trabajos diversos y orientados por objetivos particulares. No digo nada nuevo si señalo que ha habido una reorientación general en la disciplina histórica en el sentido de un desplazamiento -a veces excesivo- y un énfasis en la dimensión de las representaciones.

Caído el humor estructuralista (aunque queda pendiente un balance de lo que allí se originó y de lo que ha dejado como adquisiciones perdurables) en el mismo movimiento por el que se han dejado de lado las aspiraciones de una cientificidad fundada en la formalización, la historia ha resurgido como un *género* antes que como una disciplina con modelos precisos. Y en las búsquedas resultantes, en el levantamiento de restricciones e interdicciones que pesaban fuertemente (sobre el sujeto y la conciencia, la representación y la narración, el sentido, etc.) y en el impresionante volumen de obras producidas encuentro la ocasión de un inédita libertad. De modo que la situación actual me parece muy rica y estimulante en obras

y tendencias; me siento (como lector, vale la pena aclararlo) instalado gozosamente en medio de un jardín en el cual, si no faltan malezas y basura, hay frutos más que suficientes para saciar varias veces mi apetito. Aunque esto no significa desconocer algunos núcleos duros considerablemente dogmatizados en torno a viejas y nuevas vulgatas -por ejemplo, la analítica foucaultiana y el furor "deconstruccionista"- o la trivialización con que se consume a ciertos autores fundamentales -Benjamin, por caso- o el tedio frente a la proliferación discursiva del tema de moda: la posmodernidad.

Obviamente, mi impresión del "estado del arte" se sigue de mis propios intereses y de la colocación "cruzada" de mis propios objetos. Voy a intentar una presentación breve de lo que más me atrae hoy:

a) En la tradición de la historia del pensamiento filosófico y científico hay autores sobre los que vuelvo como a clásicos: G. Canguilhem y Sergio Moravia, por ejemplo. Starobinski es para mí el ejemplo mayor de esa permanencia de lo clásico: ejercicio insuperable de la lectura textual, análisis histórico que no elude los contextos y la dimensión biográfica, pluridisciplinariedad en sus temas (literatura, medicina y psiquiatría, filosofía), inusual coherencia que no hace ninguna concesión a las modas.

b) Ultimamente me han interesado autores nucleados en torno a un enfoque particular: la *historia disciplinar* que sitúa su objeto en la trama de teorías, instituciones y espacios de profesionalización y que si recibe el impacto que la "deconstrucción" ha ejercido en el mundo anglosajón sobre la tradición de la historia de las ciencias ha sido capaz de superar el momento de la pura negatividad para producir "historias" sumamente sugerentes; pienso, por ejemplo, en los trabajos reunidos en L. Graham, W. LePencies y P. Weingart, *Functions and uses of disciplinary history*, o en R. Rorty, J.B. Scheewind y Q. Skinner, *La filosofía en la historia* o la nueva historia de la psicología moderna producida, entre otros, por Kurt Danziger (especialmente en *Constructing the Subject*).

c) En la historia del psicoanálisis, que es un campo de problemas central para mi trabajo, una obra como la de Elisabeth Roudinesco en Francia no sólo ha revolucionado la tradición historiográfica de la disciplina freudiana sino que es una muestra ejemplar de libre disposición de recursos variados en torno de la construcción histórica: las teorías y los textos se iluminan por la historia cultural y se combinan con la microhistoria de círculos y la dimensión de la biografía.

d) Querría destacar la revalorización del género biográfico, enriquecido por los recursos de la historia intelectual; hay expresiones recientes de esto en el modo como en Francia se han producido en serie biografías de los intelectuales "faros" de los sesentas. No puedo opinar sobre el conjunto, pero a juzgar por la que he leído (el libro notable de Yann Moulier Boutang sobre Althusser) la tradición del género está siendo reinventada en un diálogo enriquecedor con la historia de las ideas y los estudios del campo intelectual inspirados en Bourdieu.

e) Pero los efectos de la obra de Bourdieu sobre las tendencias del campo son mucho más amplios y se constituyeron en una inspiración renovadora. Como suele

sucedier, la vigencia de una cierta moda en los últimos tiempos amenaza con un uso algo unilateral de esas tesis, la búsqueda del "sistema" que rearmaría la dispersión constitutiva de la historia de las ideas en la forma estable del "campo intelectual". Allí donde esa inspiración se cruza con otras tradiciones (y tal fue el caso de los trabajos pioneros, entre nosotros, de Altamirano-Sarlo) e inclusive con formas "clásicas" de la atención a los textos, se dan, a mi entender, los mejores resultados; una muestra es el trabajo de Ana Boschetti sobre *Sartre y Les temps modernes*.

f) ¿Qué decir sobre la situación del campo en la Argentina que no aparezca como un ejercicio complaciente hacia intelectuales amigos?

La obra extraordinaria de Tulio Halperín permanece como la presencia más influyente en la medida en que concentra con una maestría inigualable en su tratamiento de las ideas las líneas de una construcción múltiple de la historia. Referirme en una apreciación global a lo que me interesa hoy tiene el límite insuperable de un conocimiento parcial. Pero aun así quiero señalar dos nombres en los que concentro la más alta expresión de la renovación contemporánea: los trabajos de Oscar Terán y los últimos libros de Beatriz Sarlo. Finalmente, existe un núcleo bastante extenso y variado de investigadores jóvenes que han empezado a publicar sus primeros artículos en los últimos años; tengo la impresión que la producción que a través de ellos se vislumbra para el futuro va a transformar profundamente el panorama actual de la disciplina.

7. Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?

Los libros fueron muchos y sus efectos diversos, pero en todos los casos produjeron algún trastorno en las modalidades de mi propio trabajo en la disciplina. Creo que la justificación de la lista se encuentra, en general, en lo que ya he expuesto. M.Foucault, *Historia de la locura. El nacimiento de la clínica*; J.Starobinski, *La relación crítica*; T.Halperín Donghi, *Una nación para el desierto argentino*; E.Roudinesco, *La bataille de cents ans. Histoire de la psychanalyse en France*; O.Terán, *Antiimperialismo y nación*; C.Schorscke, *Viena Fin-de-Siècle*; B.Sarlo, *Una modernidad periférica*.